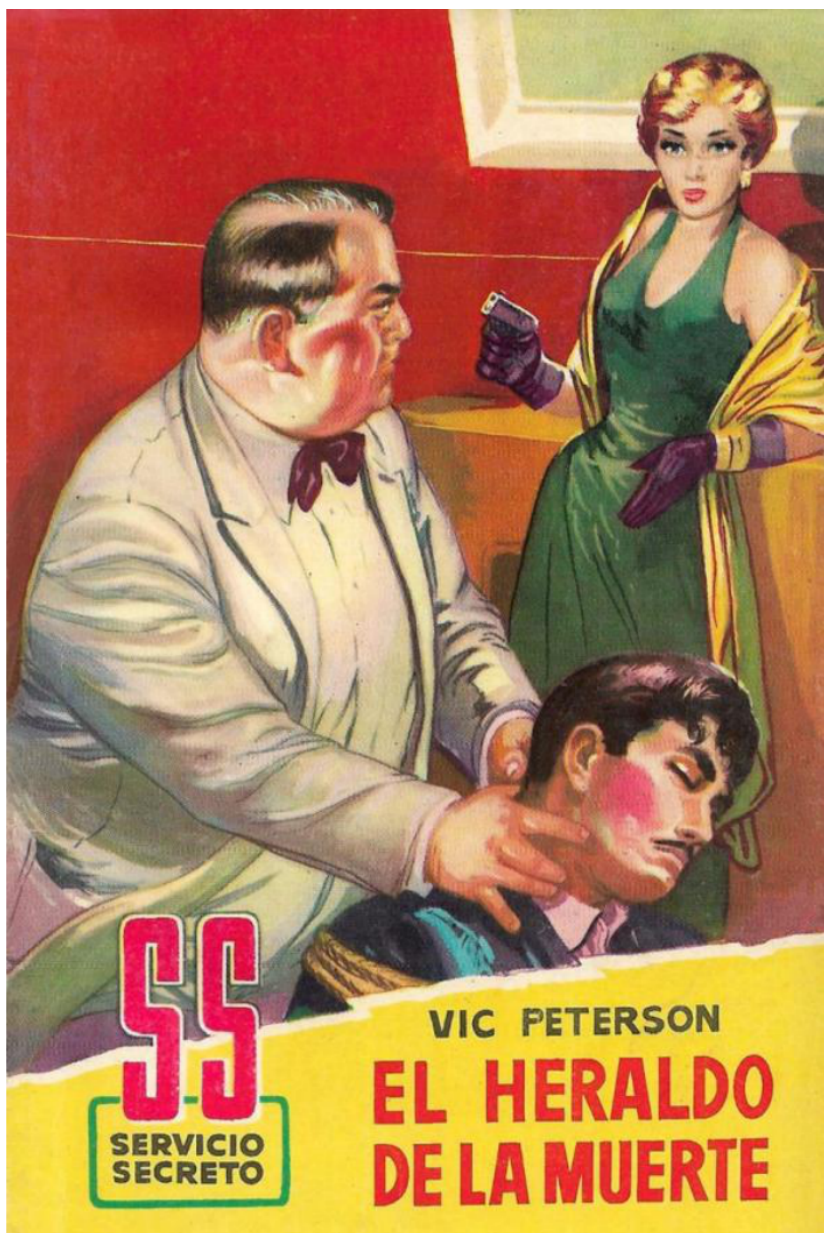




SS

**SERVICIO
SECRETO**

VIC PETERSON

**EL HERALDO
DE LA MUERTE**

EL HERALDO DE LA MUERTE

VIC PETERSON

EL HERALDO DE LA MUERTE

1ª EDICIÓN
JULIO 1954



EDITORIAL BRUGUERA
BARCELONA

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
EN ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

- 188. — El caso de las mellizas.
- 170. — Una bala para cinco.
- 172. — Espectros en la bolera.
- 176. — Aprendices de detective.
- 178. — El caso del Lan-drú californiano.
- 184. — La muerte borra las huellas.

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2 - Barcelona**



CAPÍTULO PRIMERO

Cada vez que Owen Trevor se encontraba limpio de bolsillo, su elástica conciencia perdía la flexibilidad habitual, para convertirse confusamente en voz acusadora.

Una voz íntima que venía a decirle que no valía la pena, ser considerado un granuja, no tener amigos ni hogar, si además no poseía siquiera unos centavos para convertir en humo inspirador, porque era infalible que, diera o no el cáncer, el tabaco le proporcionaba un total desprecio del concepto ajeno.

Sin tabaco, se despreciaba a sí mismo.

Y en aquel miserable cuartucho con pretensiones de despacho, viendo a través del cristal del ventanuco, las hileras de letreros luminosos de Canal Street, guiñando en diversos colores, promesas de toda clase de diversiones, Owen Trevor se sentía deprimido, completamente debilitado, hasta el punto de que llegaba a la conclusión de que ser un hombre honrado era la suprema delicia a que se podía aspirar.

El honrado empleado, podía tener un panorama sin emociones, pero mal que bien, llegando a fin de mes, extraía de un sobre, unos billetes crujientes, apetitosos, y aunque ya los tuviera casi hipotecados, fumaba... tenía hogar, familia, amistades y la gente era cordial con él.

En cambio, el balance del detective Owen Trevor arrojaba un saldo entre palizas dadas y palizas recibidas, con un grave déficit. Palizas de todas clases. Las físicas dolían unas horas o días. Las otras, las que la gente normal llamaba «vapuleos verbales», llegaban a ser insoportables cuando el bolsillo estaba vacío.

Había momentos así, en que Owen Trevor, expulsado de diversas ciudades, se encontraba tan quejoso de lo que él llamaba su mala estrella, que hasta se encontraba dispuesto a repasar los anuncios de oferta de trabajo, y aceptar entendiérselas con una

manguera y el asfalto de cientos de millas.

Lo peor era que cada vez le invitaba la policía oficial, más o menos ceremoniosamente, a salir a escape de una ciudad, venía a oír más o menos adornado con florituras, el mismo comentario:

«—Es una pena, Trevor, porque usted es endiabladamente listo. Pero le ha dado por emplear la listeza en nadar turbiamente. Le gusta enredarlo todo. Enredar constantemente, sin darse cuenta que usted mismo se enreda, y algún día, le invitarán a pasar al interior de un palco con gas».

Owen Trevor en aquella noche, viendo las luces de la calle principal de Nueva Orleans, desde lo alto de su madriguera, llegaba a la triste conclusión de que con treinta y dos años, era un perfecto cretino.

Había llegado diez noches antes, convencido de que tropezaría con algún provinciano metido en algún enredo, y al que podría acabar de envolver aún más en liosa confusión provechosa para su propio bolsillo, y sólo había recibido una visita.

Leonard Chabert, un sujeto de esos que llamaban criollos, descendiente de franceses. Amable, humorista... Una envoltura de celofana, conteniendo un cincuenta por cien de mala intención, y otro cincuenta por cien de inteligente dinamita.

Muy simpático el comisario Chabert, de la Sección de Transeúntes, la sección abundante en Nueva Orleans:

—Ha pagado usted el alquiler de este matorral, por un mes, Trevor.

—¿Por qué llama matorral a esta pocilga, comisario? —había preguntado, sonriente de labios hacia fuera, Trevor.

—Los zorros son animales de buen ver, como usted, que seestean tras el matorral, hasta que aparece por el camino Caperucita Roja, o el Millonario Preocupado. Cuando leí su filiación en el censo flotante, tuve la buena inspiración de buscar su historial. Como usted ya conoce su historial, no voy a molestarle repitiéndoselo. En esta ciudad, provinciana en muchos aspectos, hay un exceso de aventureros, Trevor.

—Por eso he venido a ver si muda mi estrella, comisario. No quiero ser hipócrita, y admito que me he complicado la existencia. Pero deseo enmendarme. ¿Ha venido usted a enseñarme una orden de expulsión?

—Todavía está usted sesteando, Trevor —había sonreído como un tigre contemplando su manjar favorito, el comisario Chabert—. He venido solo a echarle una ojeada, y hacerle una amistosa advertencia: por esta ciudad han desfilado un centenar de zorros como usted. Los que se fueron antes de funcionar, no sé cómo les irá por donde estén, pero siguen libres. Los otros, muy listos, aunque no tanto como usted, se arrepintieron de haberme tomado por un paternal provinciano.

—Serían tontos, si no supieron adivinar que usted era un lince.

El comisario Chabert se había despedido con una última ojeada de tigre soñoliento. Y Owen Trevor continuaba en Nueva Orleans.

Mientras tuvo billetes para gastar, consideró que visto desde el otro lado del lente, resultaba emocionante tener por posible rival futuro al comisario Chabert.

Aquella noche, conservando la mitad de un cigarrillo, como amuleto, empezaba a tener alucinaciones: lo único emocionante era comer, beber, dormir y fumar, como fuese, así tuviera que vestir un mono y presentarse al negro que reclutaba mano de obra en la labor de picar piedra y regar con asfalto, la red de carreteras para turismo, que se estaba trazando en el apestoso bayú.

Abandonó el repiqueteo reflexivo de sus largos dedos sobre el cristal, para mirar hacia la única puerta de acceso a su «matorral».

En el pasillo exterior que daba comunicación a otros tres idénticos cuartuchos, una echadora de cartas sesentona, un profesor de baile por correspondencia, y un intérprete para turistas se oían unos pasos aplomados.

Owen Trevor cerró el botón de su cuello, tiró hacia arriba el nudo de la corbata, y ajustó el cruce de su americana gris perla.

La luz del pasillo, silueta en el cristal opaco, una sombra alta y ancha, y como Trevor deseaba dar toda clase de facilidades al posible cliente, éste sólo tuvo que empujar la puerta.

Trevor encendió su medio pitillo, el de la buena estrella, y el visitante empujó tras sí la puerta, para avanzar aplomadamente, diciendo con voz grave:

—Buenas noches. Supongo que usted es Owen Trevor.

—Bien supuesto.

Rara vez le habían visitado para casos claros y diáfanos. Venían a buscar siempre un detective acomodaticio.

Aquel visitante, resultaba de por sí, un caso extraordinario. Debía pesar unos cien kilos, tenía un rostro redondo y grasoso, y no daba la menor impresión de campechana obesidad, sino de dureza marmórea.

Entre dos bolsas adiposas, los ojillos negros tenían el húmedo brillo de dos piedrecitas desprovistas de toda tibieza.

Unos cincuenta años, grises cabellos bajo el fieltro negro, un amplio abrigo azul de magnífico corte y paño ligero, una camisa de cremoso popelín a medida, una corbata lisa y brillante en su azulina, manos gruesas y anchas, bien cuidadas, y en conjunto una humanidad rebosante de confianza en sí misma, fué la que se instaló en el deslustrado sillón.

La cartera era de piel azul granulada, y los dedos gruesos extrajeron una cartulina, dejándola sobre la mesa. La cogió Trevor, leyendo:

«SIDNEY LAFONTEN»

«Contratista»

Dejaron ambos de estudiarse en aquel breve instante en que Trevor leyó la tarjeta, y Lafonten, que mentalmente clasificó Trevor, como «un elefante ágil y maligno», anunció gravemente:

—Necesitaba un hombre por su estilo, Trevor, y los informes que me he procurado sobre usted, han motivado mi presencia. De mis informes, que solicité, cuando repasando los anuncios de investigadores privados, comprobé que usted era nuevo en la ciudad, se desprende que posee mucha astucia, aplomo, audacia, valentía y muy pocos escrúpulos.

—Doy mi visto bueno.

—Ya que sabe lo que opino de usted, me agradecería conocer su primera impresión acerca de mi persona.

—Tiene usted dinero, se llama Lafonten, es contratista de lo que deje buenos beneficios, y si alguien pretende engañarle, lo tritura como un martillo pilón.

En la delgadísima línea rojiza que eran los labios de Sidney Lafonten, hubo un estremecimiento parecido a una mueca de aprobación. Los ojillos examinaban con melancolía al que, acodado en su sillón, ostentaba un rostro anguloso de desvergonzada

inteligencia.

Sidney Lafonten sacó una pitillera de plata labrada, la abrió, y tras coger un cigarrillo, la presentó al detective.

—Tiene deseos de fumar, Trevor. Esta tarde le dieron cinco dólares por su pitillera vacía, efectuó usted una espléndida merienda, y en estos instantes, calcula usted cuánto puede sacarme. Si mi franqueza hiere su susceptibilidad, dígamelo sin rodeos.

—Mi profesión resulta muy parecida a viajar en montaña rusa. Puede que si el descenso es largo, nos corte un poco la respiración, pero luego infaliblemente se sube. Y si ha acudido usted, es porque puedo serle útil, y resumiendo: usted se figura que soy un granuja listo y eso es lo que necesita. Como ve, me gusta bailar al compás de la música que me tocan.

—La música que vengo a interpretar, es suave y sin complicaciones, para un bailarín de sus cualidades. Naturalmente, dada mi anatomía, no puedo afrontar la posibilidad de compartir un agitado «bugui».

—Usted desea que no me sienta tentado a creermé más listo que usted.

—Exacto, Trevor, exacto. En Nueva York, perteneció a una agencia, hasta que el propietario, exteniente de detectives, tuvo la sospecha, pero no pudo demostrarlo, que usted cobraba de los clientes y de las personas a quienes tenía que vigilar. En Boston, la compañía de seguros, no pudo demostrar que usted jugaba a dos paños...

—Y así sucesivamente, la calumnia me persiguió de ciudad en ciudad.

—Pero lo que no es calumnia es que usted no revela nunca, lo que puede comprometer la fama de una persona merecedora de todos los respetos. Esta persona, bien entendido, no soy yo.

—Ni yo.

—Se trata de una señorita a quien profeso pura amistad. Piense mal y no acertará. No es una corista, aunque poseyendo una agradable figura, obtiene excelentes comisiones como agente intermediaria. Ella acepta invitaciones y cuando se tercia, conociendo ya lo que a su acompañante le pueda interesar adquirir, me consulta. A veces, son antigüedades; otras, una finca que reúna determinadas condiciones, y siempre, por mi influencia y

conocimientos, puedo yo proporcionar lo que es solicitado, y ella obtiene un beneficio. Ni el más suspicaz, ni usted mismo, hallarán la menor nota equívoca en dicha señorita. ¿Usted qué opina del sonambulismo?

—De mis lejanos estudios conservo nociones.

—La señorita Simons, pasando el fin de semana en casa de unas amistades, se despidió el lunes sin el menor sobresalto, hasta que al mediodía acudió a consultarme, horrorizada. Había ido colocando en su habitación lo que sacaba de sus maletas, devolviendo cada cosa a su sitio, cuando halló este objeto, que no le pertenecía.

Sidney Lafonten colocó sobre la mesa lo que acababa de extraer del bolsillo de su abrigo. Un estuche rectangular de unos veinte centímetros de largo por diez de ancho, y unos ocho de alto.

Piel negra, brillante, y un cierre complicado, en el que introdujo Lafonten una llavecita, dando una vuelta a la derecha, dos más rápidas a la izquierda, y con el índice alzó el broche dorado.

Tintineó una campanita, en toques melodiosos, y el ritmo de minué desgranó su meliflua cantinela en el sórdido despacho.

El interior de la caja de música, fulgía en oro e incrustaciones de pequeñas gemas de varios colores, alineándose en compartimientos pequeños. La gruesa y ancha diestra de Lafonten pareció aplastar la cajita al cerrarla, y cesó la música.

—La funda protege una obra de arte, Trevor. Esta cajita perteneció a un rey de Francia, y su valor como antigüedad, es crecido. La guardaba su actual dueño en su caja de caudales que abrió el domingo noche, para enseñar esta cajita a Beryl Simons. Cuando ésta, el lunes al mediodía comprobó que en estado de sonambulismo, se había apoderado de la cajita, vino a consultarme. No estaría yo aquí, a no ser por dos razones: el dueño de esta cajita, se halla ausente, y es un hombre muy influyente, cuya manía coleccionista, le hace intransigente.

—Si la señorita Simons alude a su sonambulismo, le perjudicaría comercialmente.

—Exacto, Trevor. Además, cuando Beryl Simons, inconsciente, abrió la caja de caudales y cogió esta antigüedad valiosa, llevaba un objeto que era suyo, y al que tiene mucho aprecio. Un encendedor, que es relojito y linterna, muy práctico. Valdrá a lo sumo, unos cien dólares, y en cambio esta antigüedad, para los coleccionistas, vale

cientos de miles. Beryl Simons estaba abrumada, porque no sólo podía ser acusada de ladrona, sino que había dejado en el interior del cofre, su encendedor, al que atribuye cualidades efectivamente respetables. Ya sabe lo que nos sucede, cuando nos encariñamos con cualquier tontería. Y ésta es la situación. Por suerte, el dueño de esta maravilla, no regresará hasta el próximo sábado. Pero si al abrir su caja fuerte, hallase el encendedor muy personal, y notase a faltar esto... Beryl Simons se vería envuelta en una complicación espantosa. Puede hacer cuantas preguntas quiera, Trevor.

—¿Cómo sabía ella la combinación que abre la caja del millonario?

—Usted deduce que el propietario de esta antigüedad, posee sobrados medios para adquirir objetos desprovistos de valor desde un punto de vista material. Esto es invendible, ya que figura como antigüedad cotizada fuertemente y reseñada. En efecto, es muy rico Clyde Freemont.

Los ojillos negros acechaban, y Trevor no disimuló.

—¿Freemont? Apenas llegué a Nueva Orleans, me informé acerca de las personas que poseyeran fortunas sólidas, y características aptas para hacerles posibles clientes míos. Clyde Freemont, huérfano, soltero, coleccionista maniático...

—Los coleccionistas de lo que sea, son maniáticos.

—Muy mujeriego, y expuesto por tanto a chantajes. Y no contestó usted a mi única pregunta.

—Cuando Freemont abrió la caja, estaba a su lado Beryl Simons, que tiene retentiva, y sin premeditación, puramente en acto maquinal, conservó en la mente la combinación por la que se abrió la caja. Después, en estado de sonambulismo, abrió el cofre y he deducido que, al inclinarse, el encendedor que llevaba en el bolsillo de su pijama, debió caer sobre uno de los estantes interiores, recubiertos de corcho y tejido.

—Y al no producir el menor ruido la caída del encendedor, ella no pudo arrancarse de su sonambulismo. Cogió la cajita ésa, cerró, y regresó a su alcoba, donde escondería la cajita entre ropa ya dispuesta en uno de sus maletines, y al día siguiente, normal su estado, se asustó la pobrecilla. ¿Cuándo notó a faltar su mechero?

—Una pregunta que esperaba, y me demuestra no es torpe su cerebro. Al despertarse, como no fuma, no encontró a faltar el

mechero que suele colocar en su bolso, pero ya al despedirse de los Freemont...

—¿Cuántos Freemont?

—Clyde y Audrey, la hermana. Ambos están ausentes hasta fin de esta semana. Y al despedirse de ellos, no iba a decirles que temía haber perdido su encendedor. Hubiera podido despertar malestar entre la servidumbre... Es muy delicada Beryl. Tan pronto llegó a su piso, rebuscó, pensando que tal vez, durante la noche, había colocado su encendedor entre la ropa. Y encontró esto. ¿Le he expuesto suficientemente la situación?

—Perfectamente inteligible.

Sidney Lafonten extrajo de su cartera un paquetito delgado, que desdobló con una mano. Crujieron los billetes de cincuenta dólares, nuevísimos, tentadores...

Owen Trevor experimentó una sed repentina. Pero los dos frascos de *whisky* estaban lastimosamente vacíos y tumbados en uno de los cajones de la mesa.

—Hay veinte billetes, que juzgo el pago conveniente de una tarea sencilla. Mil dólares, que sacrifica Beryl Simons muy gustosamente para recuperar su encendedor, y que pasarán a su propiedad, apenas verifique usted la honrada sustitución legítima en el interior del cofre del salón particular de Clyde Freemont.

Sidney Lafonten se reclinó hacia atrás, y el sillón se quejó.

Owen Trevor dejó de contemplar fascinado el librito de veinte billetes, y también se retrepó hacia atrás, evitando así abalanzarse sobre lo que representaba un paraíso terrenal por quince días.

—Usted en representación de la señorita Simons, propone que me introduzca en una casa, abra una caja de caudales, y devuelva la paz al turbado espíritu de una inocente sonámbula. Mil dólares, a cobrar al término de la operación, una tarea sencilla, según opina usted. Seamos prácticos.

—Lo somos.

—Como me lo presenta usted, es una labor digna de encomio. La reputación comercial y honorable de Beryl Simons, queda a salvo. Y se trata de devolver algo que vale cientos de miles, a un legítimo poseedor, a cambio de recuperar algo que sólo tiene un valor afectivo, y también legítima propiedad. No ha venido ella porque, dada mi fama, era precisa la intervención de un hombre de

negocios, firme en el pago que prometa, firme en las represalias si en vez de música antigua, presentara yo ritmos sincopados. Hasta aquí todo es aceptable. Pero basándonos siempre en mi fama, que le ha hecho acertar al suponer que no teniendo un centavo, soy capaz de abrir cualquier caja fuerte, sin ser por ello un ladrón, suponga que en plena tarea, me sorprende alguien. ¿Creerán mi historia? ¿La apoyará usted? Ni una cosa ni otra, y como recompensa a mi tarea sencilla y honrada, me premiarán con unos diez años de pijama a rayas, porque Clyde Freemont es influyente y yo tengo mala fama.

—Mil dólares, ni un centavo más, Trevor. Usted sólo trata de aumentar la tarifa, porque le consta perfectamente, que no es el torpe que puede dejarse sorprender.

—Quinientos de anticipo.

—No le hacen falta. Si acepta, vendrá conmigo.

—¿A dónde?

—A casa del prometido de Beryl. Un caballero.

—¿Por qué no directamente a la casa que asaltar?

—Porque el prometido de Beryl, no quiere que exista el menor tropiezo. Y está dispuesto a ayudarle a usted, si llegamos a acuerdo, llevándole en coche a examinar la casa de Freemont, desde fuera, a la luz del día.

—Ya. Y desde el instante en que yo acepto, ingreso en la tertulia familiar de Beryl Simons, su prometido y usted.

—Exacto.

Desde que había entrado Lafonten, en un resquicio cerebral de Owen Trevor, había sonado una campanita, muy distinta en melodías a la de la caja de música.

Era la sirena de alerta.

Y ahora, mientras encendía el tercer cigarrillo de la pitillera abierta ante él, sobre la mesa, Owen Trevor tenía la convicción que todo aquel asunto, era de los que no debían tantearse ni con un puntero de tres metros de largo.

Pero los billetes nuevos tenían un modo de crujir, un susurro tan cariñoso, que Trevor acalló la llamada de alerta.

Seguía creyendo que todo aquello era verosímil en cierto porcentaje, y que había lagunas. Mas existía algo llamado «no tener ni para fumar». Era horrible. Se llegaba hasta a pensar en trabajar como sembrador de piedras y asfalto.

—Por el camino, podría comprar algunas cosillas ¿no?

—Cuanto necesite lo hallará en casa de Maxim, el futuro esposo de Beryl Simons.

—¿Por qué no vino él mismo? Un novio suplicante, entenece.

—Porque usted sólo se entenece ante el vil metal —sonrió Lafonten, poniéndose en pie, lenta y pesadamente. Exagerando la pesadez...

Una sonrisa que causaba asco, meditó Trevor, recogiendo del perchero su sombrero negro. Le gustaba vestir de un «modo distinto». Un bien cortado traje gris perla, cruzado, armonizada a su entender, con zapatos de tafilete negro, sombrero del mismo color, camisa también, y una corbata de brillante claro gris unido.

En cualquier sitio que entraba, las personas normales, le miraban de soslayo. Las damas sensitivas, se estremecían deliciosamente. Le gustaba a Owen Trevor tener fama y aspecto de granuja inteligente.

Las amplias y carnosas espaldas le precedían, y mientras llegaban a la planta baja, tuvo Trevor un fugaz atisbo de sensatez: si hubiera poseído una cajetilla con sólo tres cigarrillos, no estaría siguiendo a Sidney Lafonten.

CAPÍTULO II

El coche en cuyo asiento posterior se desbordó Lafonten, no era lo que se imaginó Trevor. Ningún aerodinámico negro o gris, de reciente modelo, sino un anticuado «Buick».

Al volante, un sujeto con la gorra sobre las cejas y alzado el cuello del tabardo de cuero.

El asiento posterior tenía anchura suficiente, y además Owen era estrecho de caderas. Apenas se reclinó esquinado, el coche abandonó el aparcamiento en que permaneció esperando, en la Lafayette, a treinta pasos de la calleja donde estaban los despachos de mil profesiones y alquiler reducido.

El perfil grasiento plasmaba la voluntad de no abrir la rendija labial, y Trevor se dedicó a silbar tenuemente, contemplando con indiferencia aparente las fachadas del Vieux Quartier de la ciudad, considerada el París norteamericano.

Las ruedas abandonaron los empedrados franceses, para deslizarse sobre macadam yanqui; dejaron atrás los barrios residenciales, y la carretera de Bâton Rouge, con sus mansiones aisladas y sus paradores famosos, fué recorrida hasta su milla tercera.

El «Buick» penetró en uno de los tantos senderos laterales, atravesó el abierto dintel de un jardín, crujió la grava, y a unas cincuenta yardas vino a detenerse ante una fachada de dos plantas.

Una sola luz brillaba en el porche de entrada, y apenas blocó los frenos, el chofer se precipitó a abrir la puerta por el lado en que tenía que bajar Lafonten.

La densa obscuridad daba impresión de soledad quieta, pero no plácida. También debían tener aquella quietud, las celdas de los condenados a muerte, pensó Trevor, tratando de encontrar una comparación menos odiosa.

Lafonten abrió la puerta y, deslumbraba el amplio vestíbulo, con

una escalinata al fondo que ascendía al piso superior, y a la izquierda, dos arcos comunicando con un salón iluminado.

Nadie acudió a recoger el abrigo y sombrero de Lafonten, y Trevor acertó al lanzar su sombrero al perchero, lo cual consideró un buen presagio.

Miró la sonrosada calvicie de la coronilla del que, avanzando hacia el salón, sin volverse, decía:

—Considérese como en su casa propia, Trevor.

El salón, no tenía nada de anormal. Alfombra, sillones de cuero, un par de mesas, y un mueble que atrajo la atención de Trevor: un bufete donde se alineaban copas y una hilera de frascos con suculentas etiquetas.

De un sillón próximo a la ventana, se arrancó un hombre delgado.

—Maxim, le presento a Owen Trevor.

Los ojos de Trevor se apartaron de las botellas, y movió la cabeza en algo parecido a un saludo amable. Maxim le examinaba sin la menor amabilidad.

—¿Usted cree, Sidney, que éste es el detective que ha de solucionarlo?

La mirada era desdeñosa, y la pregunta escéptica. Owen Trevor tenía la epidermis insensibilizada. Le importaba poco la opinión de aquel delgado elegante, de rostro estrecho y ojos claros, en torno a los cuales había arrugas que delataban los cuarenta ya cumplidos.

Lafonten, en pie ante la chimenea no encendida, daba la impresión de estar muy aburrido.

—¿Quiere beber algo, Trevor?

—Que se sirva él mismo —invitó, secamente, Maxim.

Dirigiéndose al bufete, Trevor comentó sonriente:

—No desciende de franceses su socio, Lafonten. La hospitalidad...

Hubo como un espasmo rabioso en los rasgos faciales de Maxim, que atajó, vibrante el tono:

—No me molestaría oírle sólo cuando le pregunten algo, Trevor.

—Vamos, vamos, Maxim, no se ponga nervioso —exhortó Lafonten.

La voz grave causó sus efectos. Maxim volvió a ocupar su sillón, y Trevor fué vertiendo con unción en el alto vaso, *whisky* etiquetado

en la propia Escocia.

Lo saboreó con embeleso, y oyó a Maxim preguntar:

—¿Se hace o no, Sidney?

—Mañana noche, y usted se lo explicará. Yo voy a acostarme.

Y cerca ya de uno de los umbrales, Lafonten dirigió un índice grueso como un plátano, hacia Trevor:

—Maxim le dirá lo que debe saber, y es mi deseo que se entiendan. Él sabe lo que hay que hacer, y lo que le dirá equivale a lo que le diría yo mismo. Tiene él toda mi confianza.

El paso aplomado se alejó, y el salón pareció vacío sin Lafonten. Owen Trevor, ya colocado el frasco junto a su vaso, en la mesita, se instaló en el sillón a un lado del ocupado por Maxim.

—Bien, ya puede empezar, Maxim. También yo le doy toda mi confianza.

Rígido en el sillón, apretados los puños, Maxim agudizó la voz:

—No aprecio su sentido de la ironía, Trevor. A usted le pagamos para una tarea, y no para admitirle impertinencias. ¿Comprendido?

—Por ahora no he recibido ni un centavo. Si no le gusta mi clase social, le doy las gracias al frasco, y me voy.

—Cuando Lafonten me habló de usted, le previne que era peligroso confiar en... un granuja listo.

—Escuche, socio: si ha de comportarse como una solterona histérica, me voy a la cama. Si quiere hablar razonablemente, desembuche. Pero decídase. ¿Quiere o no quiere que trabaje por su cuenta?

Muy nervioso aquel sujeto, pensó, mientras dispuesto a todo, esperaba la reacción. Maxim se levantó, hizo jugar las mandíbulas como si le dolieran por haberlas mantenido crispadas y dijo suavemente:

—De acuerdo. No conduce a nada, disputar neciamente.

Se encaminó hacia el bufete, abriendo un cajón, del que sacó un rollo de fino papel azul.

«Un tipo que sólo sabe mirar con desprecio, y luego no le mira a uno cara a cara, mal tipo», pensó Trevor, acabando de beber el primer vaso.

En la mesita había una caja con cigarrillos, y la apartó Trevor cuando ya hubo colocado en su bolsillo superior la equivalencia de dos paquetes.

Maxim desplegab el plano sobre la mesita, e inclinado explicó:

—Ésta es la propiedad de Clyde Freemont. Tiene en el jardín dos guardianes, que cuidan de la casa en sus muchas ausencias. Hay un sistema de timbres de alarma, que sólo funcionan si alguien toca las ventanas. Pero usted podrá pasar por la puerta del servicio. Aquí.

Un índice casi afilado se apoyó en un punto del plano:

—Por este corredor subirá estas escaleras, hasta el salón particular de Freemont. Aquí, donde he trazado la cruz negra, está el cofre.

—Un momento, socio.

—¡Llámeme Maxim!

—De acuerdo, Max, por lo de darle un nombre, pero no en esto. Lafonten no sopló sílaba de guardianes ni timbres de alarma. ¿Y cómo pudo la señorita Simons abrir el arca sin que sonaran los timbres?

—Al devolver la cajita al cofre, Freemont olvidó conectar de nuevo la palanca de alarma.

—¿Seguirá sin conectar?

—Es posible, pero no lo dé por seguro.

—¿Y los guardianes, cómo los desconectó la señorita Simons?

—Estaban en el otro lado de la casa. Tengo una llave de la puerta de servicio, y por lo tanto entrará usted fácilmente. Mañana estudiará la casa, para elegir el punto en que por la noche, saltará.

—Y si me pillan, ¿qué sucederá?

—No le habría escogido Lafonten, si creyera que usted es idiota.

—Lo sea o no, no contesta a mi pregunta, Max.

—En el caso de que lo cojan, tendrá que decir la verdad.

—¿La historia de la damita paseando en sueños?

—Eso es.

—Ya... Voy a llevarme el plano para estudiar todo esto. ¿Algo más?

—¿Tiene arma?

—A veces.

—Mañana... valdría más que fuera sin ella.

Escrutó Trevor el rostro estrecho, pero los claros ojos no le miraban.

—Bien. No la llevaré.

Recogiendo de la mesa el frasco, así como el vaso, que colocó

como capuchón de aquél, dijo Trevor:

—De acuerdo, Max. Me llevo esto para aclarar mi entendimiento.

—La gente que trabaja para mí, no la animo a beber.

—A mí no me hace falta que me animen, Max. ¿Dónde duermo?

Le miró para volver a apreciar que era muy nervioso y que sabía dominarse, aunque tenía un poco de temblor en los párpados, mientras subían la escalinata, y al fondo del corredor alto, abría Maxim una puerta.

—En aquella nevera hay provisiones. Buenas noches, Trevor.

—Felices sueños, Max.

Cerrando el pestillo interior, Trevor examinó la habitación. No estaba mal, pero carecía de existencia, era impersonal, como un recinto largo tiempo habitado por otros muebles y otras personas. No lo podía definir pero hubiera apostado que no era la casa apropiada para residencia del llamado Maxim.

La nevera estaba bien provista, el pequeño cuarto de baño también, y la cama era blanda. Olía el ambiente un poco a rancio, a moho, mas la ventana abierta dejó penetrar aire fresco.

Daba sobre un tejado plano, y más allá el oscuro jardín circundante. Volvió Trevor al frasco, y cuando lo midió a ojo, aplicó con fuerza el corcho. No quería beber más, porque tenía el convencimiento de que debía conservar el tope adecuado de lucidez.

Dejó pasar casi una hora, pensando en mil cosas, sin ver ninguna, hasta que se encontró pasando por encima del alféizar de la ventana abierta, y tanteando con el pie las tejas.

Sí, en caso de tener que salir apuradamente, había escape por allí. El tejado terminaba en alero de recogida de aguas, que tendría sus conducciones hasta el suelo.

Lo comprobó, y se disponía a dar media vuelta, cuando sintió un repique de alarma en su cerebro. Alguien no estaba muy lejos, acechándole. Fingió atarse el cordón del zapato y de soslayo, vió una silueta que entraba por la ventana en su habitación.

Tres yardas a la izquierda de su ventana, había otra abierta, sin luz. Se trataba ahora de saber lo que le esperaba y quién.

Sin el menor ruido, como antes, llegó a su alféizar, lo cabalgó, y al quedar en pie en el interior, exteriorizó una gran sorpresa.

No era peligrosa la personilla sentada al borde de la cama.

CAPÍTULO III

Un hombrecillo de rostro inquieto, que apoyaba, muy elocuentemente el índice sobre los labios. Era el chofer que había conducido el «Buick».

Lo identificó Trevor por las orejas separadas del cráneo de una manera grotesca, y cuando se sentó al lado del que recomendaba silencio, le oyó susurrar:

—Están convencidos que yo no he de salir de mi cuarto. Y se han ido a dormir, estoy seguro. Pero yo no podía dormir, y al verle a usted transitar por el tejado, pensé que no vendría mal un rato de charla.

—Vendrá fantástico, amigo. ¿Quiere un trago?

—No voy a quedarme mucho, y además tengo bebida en mi cuarto. Me parece que usted sabe aún menos de todo lo que está pasando.

—¿Pasa algo, amigo?

—Me llamo Atbury.

—¿Y hace tiempo que trabaja usted en la casa?

—Empecé esta mañana, y para mi gusto ya sobra un día. Me largaré a fin de semana.

Aquel hombrecillo tenía aspecto de hurón asustado, y Trevor no se equivocó al tutearle:

—Si llevas sólo un día contratado, no tienes tiempo de quejarte.

—Usted es uno de esos detectives particulares, y estará acostumbrado a caminar por entre caminos raros. Yo no. Yo estaba buscando trabajo, cuando me tocaron la espalda y dejé de leer las columnas donde se pidiese chofer. Era el grandote ese, que me señaló el «Buick», y me dijo que durante una semana, cobraría cinco dólares por día, comida y bebida sin racionar, y habitación. Salté al volante, y vinimos aquí. Tuve que quitar las fundas de todos los muebles, o sea que esta casa la acababa de alquilar el grandote.

Después, a media tarde, vinieron los otros dos.

—Ah, ¿pero hay alguien más, aparte del elefante y el mequetrefe nervioso?

—Hay una chica, que se llama Beryl, y tiene una boca preciosa, pero la mantiene cerrada. Yo le cuento todo esto, porque me parece que le están engañando, y luego no quiero yo que usted me crea complicado, porque ya hay bastantes complicaciones en la vida.

—Eres un sabio, Atbury. Quedas protegido para el futuro, si es que ha de pasar algo. ¿Y por qué habría de pasar nada?

—Primero, que el flaco malhumorado, tiene una funda bajo el sobaco, y no es policía, pero tampoco tiene pinta de pistolero, sino de tipo rico y raro. Después, aquí no viene nadie, nadie telefonea, y sin embargo, los tres parecen esperar que algo vaya a pasar. Y no me gusta nada todo esto, porque si se prepara un potaje, después me vendrían a molestar a mí porque tengo antecedentes, ¿comprende usted?

—Yo te protejo —sonrió Trevor—. ¿Cómo supiste que yo era detective?

—Oí al flaco echar pestes contra tener que valerse de... Bien, fué él quien lo dijo... Dijo hablando con Beryl: «Los crápulas encubiertos bajo capa de investigadores como ese Trevor, pueden dar más quebraderos de cabeza que los que por culpa de usted, tenemos ya».

—¿Le llama de usted a Beryl?

—Sí. Pero lo de «crápula» iba por usted. Y mire, más me fío de usted que de ellos. No me gustan. Preparan un potaje raro. Y ahora, me voy, pero si pasan cosas, usted declarará que yo no sabía nada.

—No lo dudes ni un instante, muchacho. No vayas a resbalar, y con el ruido, vengan a sacudirte ellos dos.

Ya encaramado en la ventana, Atbury frunció la nariz repetidamente, como un conejo asustadísimo.

A solas, cerró Trevor la ventana, y desvistiéndose, pensaba que el temor a ser inculcado más tarde, «si pasaba algo», le había proporcionado un auxiliar espontáneo.

Por de pronto; restallaban las dos primeras mentiras en la historieta presentada por Lafonten. Aquella casa no era de Maxim, que tampoco era el prometido de Beryl Simons.

Al ahuecar la almohada se encontró muy complacido en la

alcoba a obscuras. Y aunque todo estaba a obscuras, vislumbraba grandes posibilidades de trabajar una sola vez en Nueva Orleans, pero jugosamente.

Clyde Freemont, un millonario, puntal firme, en torno al que giraban misteriosamente individuos de aspecto próspero aunque peligroso, como lo eran Lafonten y Maxim.

Se durmió habiendo llegado a la conclusión que un pescador hábil en aguas revueltas, podía sacar pez sabroso.

Lo despertó el teléfono sobre la mesita de noche. Era interior y reconoció la voz vibrante de Maxim:

»—Pasan de las once, Trevor. Le espero.

—Emplear la maquinilla eléctrica, la ducha y la nevera, son veinte minutos. Luego, acudiré a dónde me diga.

»—En el salón donde anoche hablamos. Procure darse prisa.

A las once y media, entraba Trevor en el salón, y tuvo que dar media vuelta, porque desde la puerta abierta, siseaba Maxim.

Un siseo desdeñoso, que después de emitido, aun sonaba en los oídos de Trevor mientras atravesaba el descuidado césped, para dirigirse al «Buick» cuya portezuela mantenía abierta Atbury.

Al volante, Maxim dijo imperativamente:

—Vuelva a su cuarto, y no salga hasta que no regresemos.

Maxim podía ser muy nervioso, pero conducía como un as del volante, meditó Trevor, mientras el «Buick» se ceñía a los virajes y embalaba como una flecha en las rectas.

Las enguantadas manos, tocaban blandamente el arco, dándole el movimiento preciso, pero cuando las ruedas traseras del «Buick» rechinaron en la curva de la bifurcación recién tomada hacia Pointe Lafourche, la ondulación de pinares, con suntuosas mansiones, Trevor arguyó:

—Soy cardíaco, Max. Nadie nos persigue.

—Tiene usted la propensión de creerse gracioso, y maldita la gracia que me hace su compañía.

—¿Ya empezamos otra vez? Usted me envió a buscar.

—Para darle mil dólares.

El cuentamillas fué señalando decrecientes números hasta estabilizarse en treinta.

—Aquel triple tejado es la casa de Freemont.

Distaba aún mucho la lujosa casa de Clyde Freemont, pero la

carretera con sus ascendentes curvas, permitía ir apreciándola. Un parque de floridos arbustos, setos, parterres, la envolvía, así como un blanquísimo muro de unos seis pies de altura, en cuya cúspide angular, formaba un resalte de visera sobre la carretera, un tripe alambrado espinoso, tenso entre piquetes cimentados en la tapia.

El «Buick» marcaba quince millas, mientras iba contorneando la tapia, y Trevor repicó sobre el cuadrante:

—En la verja principesca que acabamos de dejar atrás, parecía un gorila enjaulado, el que nos retrató con los ojos. Y esta tapia tiene un adorno arriba que desanimaría a cualquier profesional del robo con escaló.

—Le suministraré un alicates cortador, con empuñaduras aislantes, por si temiera usted que los alambres estuviesen electrificados.

—Freemont no guardará en su casa, el tesoro nacional, ¿o lo guarda?

—La mayor parte de estas fincas, tienen guardianes y alambrada, porque los propietarios no residen todo el año en ellas. No es preciso que vuelva a pasar, porque con lo visto y el plano, ya basta. Volvemos a casa, por el otro enlace.

Cuando el «Buick» entraba ya en la carretera de Bâton Rouge, dijo Trevor:

—¿Usted me traerá esta noche al pie del muro?

—Es el sitio apropiado, desde el que en línea recta llegará a la puerta del servicio, que está ausente.

—Todo el mundo ausente, menos los dos guardianes.

—Los Freemont tienen varias casas y en ésta es en la que menos residen.

—Me gustaría conversar con Lafonten antes de comprometerme a nada.

Las manos enguantadas dieron varios toques al volante, y por fin el «Buick» atravesó rectamente el dintel abierto del caserón alquilado el día anterior, o tal vez, bajo la tutela administrativa del contratista que también vendía fincas, según había dicho.

Cada vez que la rabia nerviosa azotaba el flaco cuerpo, daba la impresión Maxim de ser un acumulador, cargándose con la misma rapidez que se descartaba. O tal vez, él tenía el don de exasperarlo, pensó Trevor. Lo cierto es que valía mucho más de mil dólares todo

aquel negocio.

Cuando el «Buick» se detuvo ante el porche, dijo entre dientes Maxim:

—Usted aceptó cobrar mil, y si empieza tan pronto a tontear, le presagio sorpresas desagradables. No se confunda conmigo, Trevor.

—Si apenas hablo del tiempo que hace, rechina usted las muelas, es mejor dejarlo todo.

Casi saltó fuera del coche Maxim, y al salir por el otro lado, Trevor, preparó los reflejos musculares. Desde el porche una voz grave, invitó plácidamente:

—Calma, Maxim. Buenos días, señores. Hemos de ultimar ya todos los detalles...

Maxim pasando por el lado del enorme corpachón, lanzó:

—¡Su elegido empieza ya a hacer chantaje!

Lafonten miró a Trevor con melancolía y dando media vuelta siguió hacia el salón al que, apresuradamente, se había dirigido al bufete, para escanciarse una copa de vino por cuyo color rojo subido, dedujo Trevor era un mosto casi medical: un tónico.

Lafonten, acodado en la chimenea, habló con deje quejoso:

—Estaba seguro que no jugaría usted tontamente, Trevor.

—Y también está usted seguro que se limitó a prometerme mil dólares, de los que no he cobrado ni cinco, y acabo de examinar el campo de batalla, lo que usted llamó una tarea sencilla. Mi gremio me repudiaría si aceptase trabajar por menos de dos mil, con quinientos de anticipo remitidos a mi nombre a un Banco. Ni hay chantaje, ni tonterías. Sólo el sistema nervioso de su socio es el que necesita cuidados...

Se calló Trevor. Ni en el cine había visto nada tan rápido.

La boca de un cañón calibre «9», le estaba contemplando, a dos pasos, y encima de aquel cilindro asomado por arte de magia, los claros ojos de un azul vago de Maxim, le miraban como sin verle.

—¡Maxim! —interpeló Lafonten, sin moverse. Era una orden, aquel nombre silabeado por el gordo plácido.

Owen Trevor no movió ni las pestañas. Había visto fotos en la sección celular, de presos reputados como asesinos paranoicos. Tenían los ojos tan blancos y absortos como aquellos que le miraban por encima de una «Savage» del «9» corto.

—¡Maxim! —repitió Lafonten, a la fracción de segundo, de su

primera llamada. Pero esta vez hizo chocar contra su palma izquierda el puño derecho.

Maxim pareció despertar de una pesadilla y la «Savage» subió un poco, el índice se distendió, y la pistola desapareció bajo la cruzada solapa del traje azul.

Owen Trevor pudo exhalar el contenido respiro, y notó que bajo la nuca, transpiraba su piel, adhiriéndole la tela de la camisa.

Dió media vuelta Maxim, volviendo al bufete.

Owen Trevor sacó su pañuelo, lo pasó por sus labios y por su frente, y reconoció que sudaba...

—No saque de quicio a Maxim y llevaremos a buen término este asunto —opinó, de nuevo plácido, Lafonten—. Yo estoy demasiado grueso para saltar el muro, y Maxim demasiado nervioso. Le prometí mil, porque ignoraba lo referente a guardianes. Le daré ahora quinientos, y mil cuando esté terminado todo. No hay chantaje, Maxim. No es ningún estúpido Trevor, y sabe que ni usted ni yo nos dejaríamos asustar.

Trevor, sentado, bebía ansiosamente, cuando alineó en la mesita diez billetes de cincuenta la mano ancha y recia. Y la voz grave anunció:

—Mi socio en esta operación, no tiene costumbre de tratar con irónicos detectives particulares, y le pone usted nervioso. Le ruego si le es posible callarse, lo haga, mientras Maxim no le pregunte nada.

—Me limité a decir que la tarea no era sencilla. Si me atrapan, acumularán sobre mí un pasado tormentoso, y no podré negar que estaba haciéndole cosquillas a un cofre fuerte. A usted le consta sobradamente, que no me serviría de nada, hablar de cajitas con música, encendedores con reloj y linterna y serenatas por el estilo. ¿Quién es testigo de la oferta que me hacen ustedes dos? Ustedes mismos y yo. En la balanza policial, peso cero en el platillo opuesto al de ustedes. O sea, que recoger estos quinientos, es simplemente asegurarme unos meses de tabaco en presidio, si me pillan.

—No le pillan a usted —sonrió Lafonten—. Maxim y yo comeremos juntos. Tiene usted en la terraza, mesa dispuesta y le servirá Atbury. Nos veremos al anochecer.

—Dormiré una siesta reparadora y preparatoria. Y por favor, dígle a su socio que si le soy antipático, no se preocupe, porque es

recíproco el sentimiento.

Maxim pareció no haber oído nada, porque abandonó el salón, sin mirarlos. Lafonten, retrepado, en su sillón, manifestó:

—Supongo que deseará que no le encuentren quinientos dólares encima si sucediese algo.

—Con usted se pueden discutir los temas candentes. Como la confianza reina, supongo que pedir el «Buick» para ir a cualquier Banco, le produciría hilaridad.

—Tengo que cuidarme el hígado, Trevor. Los excesos a mi edad, pueden perjudicar. Yo puedo molestarme en ir hasta la más próxima estafeta, y en su nombre, extender un giro bancario por quinientos dólares, al Banco que usted elija.

—Cualquiera, si al regreso me enseña usted el volante, que pasa a mi poder. El fácil de quemar, si surgieran preguntones.

—Las preguntas ahora, no me molestarán. Después, cuando haya hecho la sustitución, sí.

—Yo quiero cobrar mil quinientos y nada más.

—Entonces, no lo lamentará nunca. En la terraza encontrará mesa puesta. Nos veremos al anochecer.

—Beso su frente, domador.

En la terraza que había señalado la mano ancha, se estaba bien. Un panorama apacible, calmante de nervios.

La chaqueta blanca que llevaba Atbury le sobraba por los hombros y faldones, pero lo que iba presentando en los platos, era casero y sustancioso.

—Un cocinero muy «mujercita de su casa», Atbury. Enhorabuena.

—El señor es muy amable —replicó, ceremonioso, el hombrecillo.

En uno de los ventanales abiertos, hacía ya rato que estaba Maxim, invisible, pero presente por el olor de su tabaco, y la brillantina de su liso cabello rubio oscuro.

A unos diez pasos a espaldas de Trevor, que procuró irse acostumbrando a aquella desagradable sensación. Cuando Atbury dejó la tacita de café ante Trevor, extrajo del bolsillo el cartón, de «Camel» que sobresalía.

—De parte del señor Lafonten, con este sobre. Si no me necesita, tengo que atender otros servicios, señor.

—Adiós, Atbury.

El sobre contenía la sellada reproducción del impreso que especificaba que en el Banco de los Exportadores, Owen Trevor, a la una y veinte del mismo día, había remitido para abrir cuenta, quinientos dólares.

El tabaco era su marca preferida, y silbando jovialmente se dirigió a su alcoba. Había ventilación indirecta y la empleó.

En ropa interior se tendió sobre la colcha, cruzadas las manos bajo la nuca. Era excitante todo aquel negocio. Preveía futuras sorpresas, pero había dos ya previstas de antemano.

Maxim le mataría con sencillez, si no jugaba con tiento los cinco ases. Y siendo un paranoico temible, casi resultaba inofensivo, comparado con Lafonten.

Posiblemente, lo mejor sería hacer las cosas tal como las quería Lafonten y alejarse con los mil quinientos, unas doscientas millas del radio de acción del receloso Maxim.

Aunque existía aquel siseo. Aquel siseo lo tenía en los oídos. Era abyecto, porque ni así se llamaba a un perro con lepra. No se lo hubiera perdonado ni a un comisario de policía... Hasta los policías oficiales, rudos y contundentes, eran humanos con el granuja Trevor...

Y aquel mequetrefe, que estaba en un apuro intrigante, se atrevía a sisearle de aquella manera tan ominosa. Y después, los sudores que le resbalaron a partir de la fracción de segundo, en que contempló la boca del «9» corto, eran sudores mortales, que no se pagaban con mil quinientos, ni con diez mil.

Se adormiló tratando de imaginar cómo sería la preciosa boca de Beryl Simons. Y cuando miró por enésima vez su reloj pulsera, le hizo caso a las siete y quince, levantándose.

Duchado, reconfortado interiormente y aspirando el humo del sabroso cigarrillo, esperó la llamada precursora de entrar en acción.

El teléfono sonó a las ocho y veinte. Lafonten dijo:

—Ha tenido tiempo de ver que la noche es propicia, Owen.

—Pura confitura de ciruela negra. ¿Hacia dónde oriento mis pies?

—Le esperamos en el salón.

Bajando, Trevor pensó que iba, por fin, a ver la incógnita tercera: Beryl Simons. Pero en el salón, volvía la espalda Maxim, y

Lafonten, retrepado en sillón, anunció, señalando la mesita frente a él:

—Esta llave abre la puerta de servicio. Cuando haya cortado los alambres, Maxim le dará el estuche con la caja de música. Es esencial, que el estuche no presente ningún arañazo, o suscitaría sospechas en Freemont. Todo lo necesario está ya en el coche. El resto se lo explicará Maxim por el camino. Les aguardo aquí, y al regreso percibirá usted los mil restantes, quedando comprendido que obedecerá estrictamente el convenio estipulado.

Maxim, revestido de un raglan azul oscuro, bufanda y sombrero del mismo color, iba ya hacia el «Buick» parado ante el porche, cuando Lafonten caminaba en dirección a la puerta abierta, teniendo a su lado a Trevor.

—Atbury se despidió esta tarde. Veía visiones. Pero usted no las ve ni las verá, Owen. Va a ganarse mil quinientos, y mañana concertaremos una entrevista en mi despacho. Un empleo, sin trabajo fijo, con sueldo fijo. El ideal, ¿no, Owen?

—Mi ideal, patrón.

Pero ya junto al volante, se dijo Trevor que prefería los ataques rabiosos del que conducía, que la pausada cautela del «boa». Ésa era la impresión que le daba ahora el que primero colocó en la escala paquidérmica.

En el Zoo, prefería las hienas de tipo Maxim, a los gruesos reptiles.

La media horaria era cronométrica: cuarenta y cinco hasta la bifurcación, treinta por la pendiente sinuosa, y a las nueve y treinta en punto, paró Maxim el coche, que llevaba ya unos instantes rodando a poco motor.

Resaltaba la blancura del muro. Todo lo demás eran tinieblas.

—La combinación del cofre está inscrita en ese cartón. Atiéndame: una vuelta entera a la derecha, media vuelta atrás, otra entera a la derecha, y media más a la izquierda.

—Un «bis».

—Esperando a cada vuelta, para dar tiempo a los engranajes. No se precipite, porque el solo medio de abrir una caja de caudales, es esperar entre vuelta y vuelta. Encontrará el encendedor fácilmente, y dejará en su sitio el estuche con la cajita.

—La próxima vez recomienda a su novia que duerma con una

cadena tobillera...

—El garfio de esta cuerda no hará ruido, porque está envuelto en bramante.

Desde fuera del coche, pidió Trevor:

—La caja.

A su lado, en idéntico susurro, replicó Maxim:

—Cuando esté arriba, se la tenderé. Mucho cuidado con arañarla.

Al tercer intento, el garfio lanzado por Trevor asió el piquete atravesado por el alambre espinoso superior. En su zurda deslizó Maxim el alicates, y poco después, recordaba Trevor sus tiempos de gimnasio.

El alicates no era instrumento en que se sintiera ducho, pero estaba bien afilado. Los tres alambres emitieron leve tañido de cuerda de violín, y lanzó Trevor al otro lado del muro, la cuerda, bien enquistado el garfio en el remate inferior del piquete.

Vio ondear los blancos guantes de Maxim, y devolvió el alicates, recogiendo el estuche, que introdujo en el bolsillo de su americana.

Tenía la impresión de estar a caballo sobre un madero entre abismos negros, y cuando quedó al pie del muro, al otro lado, escuchó. Para oír tan sólo los latidos de su corazón.

La recta más clara, era el camino hacia la puerta de servicio. Y avanzó pisando sobre la punta de sus zapatos, pensando solo en el plano, largo tiempo estudiado.

El sendero desembocaba en unos peldaños, una terraza, y al final de la terraza, otros peldaños, y la puerta cuya llave tenía.

Pero cuando llegó al final del sendero, se quedó aplastado contra el último arbusto. Tanto silencio y ausencia de luz, impresionaban.

Una cosa era el plano, y otra la casa edificada. Estuvo escrutando la obscuridad, hasta que se familiarizó con los peldaños primeros y los del final de la terraza. Y la balaustrada...

Un «*sprint*» sobre la punta de los pies, y quedó adherido a la pared, tras haber saltado los cinco peldaños. Caminó de lado, y le faltaban unas yardas para alcanzar la puerta del servicio, cuando el corazón le martilleó insistentemente las costillas.

Los pasos se aproximaban...

Se detuvieron a unas diez yardas a su derecha.

—¿Estás por ahí? —llamó una voz.

Owen Trevor, mordiéndose los labios, era una estatua de piedra, pero vió el guiño luminoso de una linterna, proyectándose desde el jardín a unos diez pasos a su izquierda, en el lugar donde sonó la voz.

En la balaustrada se reclinaba un individuo. Camisa kaki, pantalón de pana, y un cinturón con una funda abierta, mostrando mango deslustrado de revólver.

—Todo en calma, Perry —dijo el otro guardián, desde abajo.

—Negra está la noche. La noche ideal para cualquier pillastre.

—Desde esta mañana, estás pensando solo en pillastres.

—Soy gato viejo, Eric. Y no dejo de pensar en los dos tipos. Al que conducía no le vi bien, pero llevaba el coche al ralentí. Y el que se sentaba a su lado, le daba juego a las mirillas. Y tenía la cara de un granuja decidido.

—Sigo mi ronda, Perry. Si encuentro a tu «though»^[1], te lo traeré hecho papilla.

El guardián Perry se quedó con las manos de plano sobre las caderas, y el otro se alejó.

Owen Trevor alzó la pierna izquierda, apoyó el pie a media yarda, alzó la pierna derecha, juntó las suelas, y al irse aproximando a la puerta, se fué esfumando la corpulenta silueta de Perry, que ya de espaldas, avanzaba en sentido opuesto.

«Buena estrella, buena estrella», fué hablando el cerebro de Trevor, que tocaba ya la madera de la puerta. «Dando la vuelta a la casa, se encontrarán, fumarán un pitillo... Buena estrella».

Introdujo la llave falsa, y el suavísimo «clic», le sonó como un escopetazo en pleno rostro. Aguardó uno, instantes, y entró.

El interior a oscuras, era sedante, tranquilizador. Contó sus pasos, hasta la escalera. Diez peldaños, un rellano, otros diez peldaños, y un corredor.

Puerta batiente, en abanico, una antecámara, donde ya podía encender la pequeña linterna bifocal, proyectándola hacia la alfombra.

No envidiaba a los cacos nocturnos, porque cada segundo que trabajaban equivalía a un mes de martillear una forja.

El plano era perfecto. Después de la antecámara, un corredor conducía a los salones: dos. El de la izquierda, sobre cuyo pomo de puerta aplicó la mano izquierda enguantada. Guantes de «peccari»,

facilitados con la linterna, por Maxim.

Abrió, entró, y apoyándose de espaldas fué empujando la puerta, hasta cerrar suavemente. Y la caja de caudales estaba donde lo marcaba el plano, y a un lado, la funda protectora del cable de alarma, que iba a conectar con la plaquita que parecía un interruptor.

Hacia el circuito blanco, conexión. Hacia el rojo, desconexión.

Empujar el trocito de plástico hacia el rojo, le produjo hormigueos por el cuello y el espinazo, y convirtió en eléctrica la piel de «peccari».

Pero no hubo el menor efecto deplorable para él, y mientras el «peccari», pasaba al plateado resalte central del cofre, aplicó el oído sobre la puerta. Y el foco de luz sobre el cartón, para no equivocarse.

En su cerebro fué cantando los movimientos y pausas. El cofre se abrió, y aparecieron los compartimientos de acero forrado. Lo primero que vió en el segundo estante, ante su estómago, fué el dichoso encendedor.

Una filigrana de oro, con una diminuta esfera de reloj... No estaba para examinarlo, y cogiéndolo, lo trasladó a su bolsillo.

Del otro extrajo el estuche de piel negra, y lo dejaba ya sobre el estante, cuando le pareció que era demasiado pesado. Y, además, más cuadrado, que el que le había enseñado la noche anterior en su «matorral», Lafonten.

«Mucho cuidado, no arañarlo...»

En aquel juego de manos, estaba todo el misterio. Coger el encendedor, dejar la antigüedad...

De pronto, inclinándose un poco más, Owen Trevor sintió en su nuca un erizamiento de pelos, vellos, nervios y fibras.

La cajita negra emitía un tictac muy débil, pero audible...

Retiró la oreja precipitadamente, y su cerebro gritó furioso:

«¡Condenados bichos, enredones! ¡Cuidado, no arañar...! ¡Y me largan una bomba de relojería! Comprendido ya, bandidos. Al yo devolver el dichoso encendedor, todo en orden. Os quedáis la antigüedad, y aquí revienta esto...»

Empujó febrilmente, hizo rodar aprisa el botón, y se abalanzó hacia la puerta.

Y quiso salir, al tiempo que un guardián, Perry, quería entrar...

CAPÍTULO IV

Los reflejos de Trevor estaban muy entrenados en toda clase de reyertas, y aun antes de haberse sobrepuesto a la impresión consecutiva, ya estaba empleando la linterna como silenciador.

Hizo chocar la empuñadura contra la garganta, mientras con todas sus fuerzas golpeaba con su puño derecho los músculos estomacales del guardián Perry, cuyos reflejos habían funcionado con unos segundos de retraso. Pero que tenía una facultad de encajar resabios de «catcher», su antigua profesión, porque devolvió exactamente los mismos golpes.

Se encogió hacia atrás Trevor, esquivando de casualidad el rodillazo, y en el mismo instante en que se disponía a emplear los pies, emitió Perry un sonoro mugido:

—¡Eric!

Más que un nombre parecía el ronco alarido de una sirena, pensaba el cerebro de Trevor, independizado de su musculatura, que trabajaba en dos opuestas actividades.

Impedir, asiéndole la muñeca derecha, que Perry sacase el revólver, y tratar con el puño izquierdo, de incrustarle en la cara los resaltes metálicos de la linterna.

Rodaron por la alfombra, perneando, y consiguió, por fin, Trevor, oír el sordo tamborileo de la cabeza del guardián contra el suelo.

Y en plena obscuridad, se enderezó resoplando, cuando irrumpía en el salón a paso ligero el otro guardián, proyectando en varios sentidos su foco.

Le alzó Trevor la mano luminosa, y con golpe de canto de su palma, hizo bajar el antebrazo armado. El revólver que empuñaba Eric, taladró el suelo de madera, mientras, imprecando, volvía en sí el otro guardián.

Y en aquel mismo instante, la bomba estalló.

Un estruendo ensordecedor, una repentina luz como de relámpago, y una onda expansiva. El salón retembló, desprendiéndose yeso del techo, y Owen Trevor se lanzó como un bólido al exterior, impulsado por la onda explosiva, mientras caían los dos guardianes, derribados por ella, y completamente alelados por aquella imprevista explosión.

Más que correr, volaba Trevor, repitiendo entre dientes:

—Os va a costar cara la broma...

Tambaleándose llegó al extremo de la terraza, aspirando el aire fresco. Tenía las piernas algodinosas, el soplo corto y las sienes martilleando, pero su cerebro carburaba.

Vió el león de piedra, sentado, en adorno de pilastra. Tenía huecos en la melena musgosa, y los dedos de Trevor introdujeron bajo el musgo, el encendedor.

Corrió en línea recta hacia el muro, enfocándolo con la linterna, de la que no brotó luz, pero Maxim, encaramado en lo alto, encendió la suya, orientándolo.

Empezaba ya la partida en su envite más peligroso. Lo que quedaba atrás no era más que una apertura amistosa.

Se izó por la cuerda, apoyando las suelas, y gritando:

—¡Pronto! ¡Los dos guardianes corren al garaje, y nos van a dar caza! ¡Pronto!

Quería aturdir a Maxim, para que no le interrogase aún, y lo logró, porque Maxim embolsó el «Buick» en plan de milla lanzada. A cada viraje, Trevor se agarraba al respaldo, y miraba hacia atrás, repitiendo:

—Creo que vamos a escapar, creo que vamos a escapar...

Cuando el automóvil entraba en la recta de Bâton Rouge, fué aminorando la velocidad Maxim, porque había motoristas por allí.

Y entre dientes silabeó:

—¿Tiene el encendedor?

—¿Qué tal tiene los tímpanos, Max? Yo estaba mucho más cerca, con que figúrese... Un juego un poco bestia, ¿no? Hacerme pasear con una bomba que pensé era una antigüedad. Un poco más, y me pulveriza su bomba...

Deteniendo en seco el coche, lívido, tremantes los músculos faciales, repitió Maxim:

—¿Tiene el encendedor?

—La bomba hizo papilla el cofre y todo lo que había dentro. Eso era lo que querían, ¿no?...

Allí sí que le funcionaban alerta los reflejos a Trevor, que proyectó en mazazo su puño izquierdo de arriba abajo, cuando por una fracción de segundo se anticipó al prestímano que iba a repetir la faena de sacar su «Savage».

Y minutos después se veía reflejado en el espejo sobre la chimenea del salón. Yeso pulverizado sobre la cabeza y ropa. Una manga rasgada, y una rodilla asomando por el pantalón agujereado.

Se descargó del hombro al inerte Maxim, dejándolo sobre un sillón. En otro, se sentaba, inmóvil, Lafonten, crispadas las manos en los brazaes de cuero, convertido el rostro en luna de mármol con dos puntitos brillantes.

Y en una silla, Beryl Simons, erguida, apretados los labios carnosos, enormemente abiertos los magníficos ojazos. Vestía de punto negro, que moldeaba una figura de contornos que mareaban, al que medio mareado, pensó que aquella criatura reunía todos los encantos de la primera hilera de coristas Ziegfield, y, además, mucha clase refinada.

Pero en el ambiente había otra clase de tensión...

Sacudiéndose la ropa, dijo Trevor:

—Max sufrió una crisis histérica, y tuve que calmarle.

—Deme el encendedor —pidió, pausadamente, Lafonten.

Trevor, ya cerca del bufete, se sirvió un vaso lleno. Lo necesitaba urgentemente.

Y cuando lo vació, Maxim removiéndose, se palpaba la cabeza.

Llegaba el momento álgido de la gran partida, y Trevor habló duramente:

—No pude coger el encendedor, Lafonten, por una razón muy sencilla. Ustedes quisieron ser demasiado listos, inventando lo de esta caminante noctámbula, el encendedor caído, y la restitución complicada. El cuento no estaba mal. Pero donde fallaron, fué en no decirme que llevaba una bomba. Claro, no quisieron decírmelo, y la idea era buena. Yo robaba un encendedor, cuyo valor ignoro, y la antigüedad quedaba en poder de ustedes. La caja estallando, pulverizando todo, haría pensar en un robo, y quedaba descartada esta damita que es una caricia para los ojos de un superviviente. Cuando iba a coger el encendedor oí el tictac, y empujé la puerta

como si dentro dejase un escorpión gigantesco. Corrí para escapar, y me tropecé con un guardia tras el otro, a oscuras. Lo bomba explotó cuando trataba de sacarme de encima al segundo guardián, el cofre estalló, y todo ha quedado reducido a polvo. Yo no.

—¡Miente, miente!

—Eso espero —dijo, plácidamente, Lafonten.

Hacía rato que conservaba la diestra dentro del bolsillo de su desabrochada y amplia americana. Añadió:

—Posiblemente lleva usted el encendedor en el bolsillo.

—Si lo tuviera no sería tan tonto como para negarlo. ¿Qué tal, Beryl? Conozco un remedio contra el sonambulismo.

Beryl Simons miró a Lafonten, el cual indicó:

—Déjenos, Beryl. Tenemos que hablar privadamente con Owen Trevor.

Ella se levantó, y Trevor silbó suavemente, entusiasmado, para decir apenas hubo salido:

—Me apunto en la lista de la cofradía sonambulesca, ya mismo. Es una morena escalofriante.

—No sea juguetón, Owen —suplicó Lafonten.

Se arrancó Trevor de su placentera evocación de la odalisca vestida por un modisto perverso, y miró, sonriendo, el pequeño revólver que empuñaba Lafonten, apretando la culata contra su amplio estómago.

—No sea retozón, Syd. Cualquier violencia que intenten, no me hará salir por los oídos, ese dichoso encendedor, que se ha desmenuzado.

Al lado, acodado también en el bufete, Maxim bebía con ansia su vino tónico. Oyó Trevor silbar el puño con el vaso, y se ladeó, pero el otro puño de Maxim chocó a un lado de su cuello, sabiamente.

Antes de perder el sentido tuvo tiempo de ver que el reloj del salón marcaba las once y diez.

Cuando volvió a verlo, marcaba las once y veintisiete.

Maxim le arrojaba agua al rostro, empleando desdeñosamente un jarro. Una cuerda le mantenía muñecas y tobillos unidos a los barrotes de la recia silla.

Lafonten estaba a su lado, y preguntó, como si estuviera ansioso:

—¿Se encuentra ya fresco, Owen?

—Como un cadáver de dos meses, Syd. No sean majaderos. ¿Es que me he inventado la bomba? La oyó estallar Max. Y por unas yardas, no me redujo a polvo como al dichoso encendedor.



—Me encuentro fresco como un cadáver de dos meses...

—Un tipo listo como usted, no iba a cerrar el cofre, sin coger el objeto que le proporcionaba mil más. No lo lleva encima, pero ha podido esconderlo en algún sitio. Hable, por favor, Owen.

—¡La culpa es suya, Sidney! —Ladró Maxim—. Le dije que nos complicaría aún más, este sujeto, con su historial de tramposo crápula y enredón. Ahora no sabemos si se pulverizó la pieza o la escondió...

—Quieto, Maxim, quieto. Llevo yo el interrogatorio.

Trevor vio las manos amplias y recias abrirse ante su rostro.

—¿Me dice lo que ha hecho con el encendedor, o le dejo afónico para la eternidad, Owen?

Se inclinaba el corpachón, y las manos tocaron el cuello de Trevor, que pensó que había sido un estúpido en venir a jugar la partida al domicilio del adversario.

—Perdemos el tiempo, Lafonten...

Las manos apretaron, y los pulmones de Trevor resollaron fatigosamente, mientras en sus oídos silbaban bandadas de pajarracos, y era cada vez menos grave la voz que preguntaba:

—¿Dónde metió el encendedor, Owen?

El salón empezó a dar vueltas cada vez más rápidas, y se convirtió en un disco negro punteado de estrellitas fugaces...

Volvió a flote, porque le regaba la cabeza Maxim, vaciando el jarro...

—Por última vez, Owen. ¿Dónde?

Owen Trevor se desahogó a base de lanzar alternados insultos, poniendo en duda la masculinidad de Maxim, y afirmando que Lafonten era un cerdo no comestible...

Tuvo la sensación que en vez de dos manos apretando, era una apisonadora la que le trituraba. Sintió que la asfixia era precedida por una hemorragia nasal, y su último pensamiento fué:

«Perdóname, Ser Supremo, si muero como un granuja estrangulado. Yo quería ser un hombre como los demás, pero..., ya es tarde».

CAPÍTULO V

El péndulo sobre la chimenea marcaba las doce y doce de la noche, cuando Owen Trevor volvió lentamente al mundo. El salón silencioso, sin más luz que la procedente de la pantalla sobre una mesita, al otro extremo; Maxim, sentado junto a ella, leía un libro, y una matraca de caucho rozaba su manga.

No hizo Trevor el menor movimiento que revelase su vuelta al mundo. Prefería una apisonadora a un esqueleto sádico.

Manteniendo baja la cabeza, pensó que estaba atado de tal modo que no podría escapar, y, además, no tenía fuerzas ni para intentarlo. El modo de interrogar del contratista era aplastante.

Permaneció inerte, al oír unos pasos ligeros, apretando más los párpados para evitar la tentación de recrearse en la contemplación del vestido de punto negro, soberbio continente de un contenido prodigioso.

La reconoció por el tenue perfume de violeta. Y oyó la desagradable voz de Maxim:

—No tenía que venir para nada usted. Váyase, Beryl.

—¿Ha dicho algo?

—Nada por ahora, pero ya hablará.

—Sigue sin conocimiento...

—Váyase.

Trevor la oyó acercarse, y sintió cómo en su cabello se ensortijaban los dedos femeninos, levantándole la cabeza. Y dijo ella:

—Sigue sin sentido, Max.

Owen Trevor se estremeció desde los tacones a la coronilla, porque apenas le había levantado la cabeza ella, él abrió los ojos, mirándola con fijeza. Y ella estaba preciosa, mirándole...

—Puede ser peligroso dejarle así conmocionado, Max —opinó Beryl Simons, apartando las manos, y dando media vuelta.

Owen Trevor hizo chocar su barbilla contra el pecho, bien cerrados los ojos.

—Váyase, Beryl —insistió Maxim.

—¿Dónde está Lafonten?

—Fué a ver si se enteraba de algo por los alrededores de la casa de Freemont.

Abrió Trevor una rendija muy leve de pestañas, para ver cómo Beryl Simons, a un lado de Maxim y la mesita, sonreía clavando sus ojazos en el semblante del que repitió una vez más:

—Váyase.

—¿Usted cree que el detective ha escondido el encendedor?

—No lo sabemos, pero con un crápula así, todo es posible. Lo que me enfurece es pensar que hemos planeado bien un difícil negocio, y este canalla nos tiene...

—Pero Lafonten no averiguará nada allá.

—Se lo dije. Está furioso, y si vuelve sin haber sacado nada en limpio, no doy un centavo por la piel de este crapuloso enredón.

—¿Es suyo esto, Max?

Señalaba ella la alfombra ante los pies de Maxim. Una pregunta sencilla, trivial. Maxim se inclinó, y la matraca golpeó su nuca. Volvió ella a golpear, y Maxim se quedó inmóvil, besando la alfombra.

Ella dejó caer la matraca, llevándose las manos al rostro, horrorizada. Desde su silla, recomendó Trevor:

—Siga la buena obra, Beryl. Busque algo que corte cuerdas.

Ella corrió hacia el bufete, cogiendo un cuchillo. Hablaba incoherentemente:

—No podía consentir que le torturasen, que fueran a matarle, pero ahora no sé dónde ir. Me buscarán, me volverán a tener secuestrada... Si vuelve Lafonten, sería horrible...

—¡Ataque las cuerdas, Beryl! —Casi rugió Trevor.

Y ayudó con su forcejeos, súbitamente recuperado, la mordedura del cuchillo. Cuando estuvo en pie, frotándose las muñecas en vueltas de manos, dijo:

—Coja la automática de Max, y vigile, mientras voy a buscar ropa pasable. ¿Cuál es el cuarto de Max?

—La primera puerta arriba, a la izquierda... Pero yo...

—Valiente hasta el fin, Beryl. Vamos a arreglar todo eso.

Subió corriendo, para abrir cajones y armario, hasta encontrar un pantalón de franela gris, una camisa holgada para Maxim, pero que a él le ceñía apretadamente, y una americana deportiva con mucho relleno de hombros, que resultaba algo estrecha, pero sin abrochar quedaba bien.

Bajó corriendo, y ella apremió:

—Tengo mi equipaje en el «Lincoln». Ellos me tenían amenazada, porque...

—Después, Beryl. O sea que, ¿hubo premeditación al salvarme?

—Apenas se fué Lafonten, decidí que mi única esperanza, era confiar en usted, y escapar de estos dos hombres.

—Coincidimos.

Ella, mirando al que yacía en el suelo, dijo firmemente:

—Va sé que a partir de ahora, me buscarán para matarme, y saben también que no puedo acudir a la policía. Pero antes de confiar en usted, quiero dejar bien especificado un punto esencial.

Los ojos de Trevor tuvieron un destello cariñosamente burlón, pero se guardó lo que iba a decir: «Adelante, maestrita».

Ella hablaba como una profesora, habituada a tratar niños díscolos y traviesos.

—Hasta que a salvo, no le explique lo sucedido, no se equivoque conmigo, Trevor. Sé que le consideran un sinvergüenza...

—De todo tendremos tiempo de hablar. Pero puede acudir Sidney, y no creo que su modo de intervenir nos convenga.

Ella anduvo hacia una puerta lateral, y al fin de un pasillo, abrió otra, penetrando en un garaje que iluminó, acertando con el interruptor sin tantear.

Corredora de fincas y otras materias negociables, pensó Trevor, sin doble sentido. Un ciego, vería que aquella mujer era una vampiresa por naturaleza física, pero decente...

El «Lincoln» dos plazas era el cochecito ideal para su dueña, que, al volante, esperó a que él fuera a hacer correr la puerta.

Por unos instantes, examinó Trevor la «Savage» que ella le tendía, y la cogió, sentándose.

Arrancó el motor, y ella expuso:

—Si nos encontramos con Lafonten..., sépalo. Tiene influencias en la ciudad, y matar a un..., detective privado, no le causaría molestias.

—No lo dudo. ¿A dónde vamos?

Ella imprimó al volante un giro opuesto al que por dos veces le había dado Maxim, y en vez de dirigirse hacia la ciudad, el «Lincoln» siguió la carretera hacia Bâton Rouge.

Al poco, cuando hubieron pasado varios coches, y dos parejas de motoristas, ella contestó:

—No puedo volver a Nueva Orleans, hasta que no quede segura de estar fuera de peligro. En el bolsín del coche, hay una veintena de llaveros. Son de casitas que intenta vender Lafonten, y por cuya venta cobraría yo una comisión buena. Casas amuebladas junto al lago de Morpass. Tengo también las duplicadas de otras fincas, pero en Morpass no irá a buscarme Lafonten.

—¿Por qué?

—Está convencido de que me horripila el ambiente que en Morpass se respira. Lago que se desfleca en pantanos, arenas movedizas... ¿Quiere acompañarme hasta Morpass?

—Vamos en coche. Y con usted iba yo a las lagunas del propio Averno.

—Quisiera que comprendiera, que ignora por completo la clase de enemigos que se ha granjeado, Trevor.

—Escuche, Beryl. Por agradecimiento, porque me ha evitado usted una posible muerte, o tener que pasar largas horas malas, quiero corresponderle en lo que sea. Pero antes quisiera saber cómo empezó todo este tinglado.

Conducía ella prudentemente, dejando pasar los camiones de transporte de pescado, y tomando los virajes con lentitud.

Su perfil era delicioso. Una naricita breve, delicada, unas pestañas sinceramente largas y rizadas, mejilla comestible, boca de vértigo...

—Si me he decidido a confiar en usted, he de demostrarlo. Tal como le conceptúan ellos dos, usted es lo más parecido que hay a un «gangster» enrevesado, que disfruta jugando al escondite con la misma policía.

—Mi pasado me justifica. Nací en Nueva York, y... Pero, no le interesará mi biografía.

—Si es sincera, yo confiaré más en usted, Owen.

—No mire atrás, Beryl. Ha cambiado de carretera, y Lafonten no es un alocado. Cuando recoja del suelo a Max, se sentará a pensar...

Nada bueno, si me vuelve a pillar, pero no le daré otra ventaja.

—Nació usted en Nueva York, y...

—Estudié Comercio, pero no me llamaba la contabilidad ajena, sino la propia. Huérfano a los diecinueve, me alisté en la Marina, ganarnos la guerra y al volver a Manhattan, me ofrecieron un empleo de investigador. Vi que la policía oficial tenía elementos buenos y elementos nocivos. Me peleé con un sargento de detectives, que había sido cayo en la guerra. Me dieron la razón, porque son duros, pero justos, los señores de la placa. Y se dedicaron una vez cada mes, a vigilarme. Yo no niego que tengo una marcada inclinación a ser tortuoso, cuando son tortuosos conmigo. Y cuando algún cliente, o mi patrón, pretendía engañarme, yo le devolvía con creces la jugada. Me echaron de varias ciudades, aparecí por Nueva Orleans, y no teniendo ni tabaco, apareció Lafonten... ¡Maldición! Anularé la orden de pago en el Banco... Ah, no... Este recibo que no me olvidé de agarrar, le impide anular nada. Bueno, ésta es mi historia.

La carretera empezaba a recorrer las veinte millas bordeando el enorme Lago Pontchartrain, unido en sus angosturas y arroyos, por puentes.

Beryl Simons detuvo el coche, y aceptó el cigarrillo que le tendía él. Al llamear la cerilla, ella preguntó:

—¿Y mi encendedor?

—Voló pulverizado. Era la verdad, pero quise explotar lo de la bomba, haciéndoles creer a ellos, que tal vez tenía escondido este cacharrito por el que demuestran ellos tanto interés.

—Por una razón bien clara. Si Freemont hubiese encontrado el encendedor, sabría quien le robó la antigüedad valorada como pieza de museo, en cien mil dólares.

—¿Quién robó...? Devuélvame la historia, Beryl.

Condujo ella de nuevo sin prisas. Hablaba, fruncida la frente:

—Nací en un lugar muy distinto a su Manhattan, Owen. Un poblado llamado Lake Charles, al Oeste de Luisiana. Cultivadores pobres, y yo era la tercera hija, y había dos varones. Murieron, en la guerra..., que usted ganó. Mi madre no pudo sobrevivirles largo tiempo. Mi padre empezó a beber..., sin poder alegrarse por ello. Mi hermana mayor se quedó en Europa, casándose con un médico inglés, y es feliz. Mi otra hermana probó suerte en California, y hace

tiempo que ya no me escribe. Yo vine a Nueva Orleans, empezando como empleada en una tienda. Después de un año de vender bisutería y perfumes, conocí a Lafonten. Me propuso ser vendedora a comisión. Tiene una agencia muy acreditada, y es considerado un águila en los negocios. Cualquier cosa que pueda venderse y le deje más de un millar de dólares de ganancia, la estudia.

Hizo, ella una pausa para tirar el cigarrillo, consumido a medias. El «Lincoln» atravesó el puente tendido entre dos charcos, que tenían fulgencias mortecinas y despedían vaho caluroso, entre croar de lejanas ranas.

La vegetación se espesaba en islotes de hibiscus, japónicas, magnolias, jazmineros, y toda la flora enervante del extenso, bayú luisiano.

Owen Trevor tenía su personal concepto acerca del misterio de Eva. Se le antojaban todas ellas, casos netamente indescifrables.

Aquella Eva le parecía sincera, pero pensaba en Lafonten. Era capaz de haber combinado aquella fuga, con su agente de ventas. Un golpe más o menos recibido por Max, no tenía importancia. Y ella jugando a la nena perseguida, secuestrada y aterrorizada, que se apiadaba del pobrecito detective aporreado... Y así, confiando él, averiguaba ella por cuenta de Lafonten si aquel condenado encendedor, estaba o no pulverizado.

—Lafonten hizo una primera prueba conmigo. Una huérfana solitaria, podía ser presa fácil. Le demostré que se equivocaba, como he tenido que demostrarlo a muchos clientes. He empleado amabilidad, aceptando invitaciones, diciendo que tal vez, con el tiempo, etcétera, pero no ha aparecido aun el hombre que despierte mi corazón. Pasé demasiadas penalidades, y posiblemente, tengo endurecido el corazón. Logré algunas ventas, y pude comprar a plazos este coche, y un departamento reducido. Y mis ahorros crecían, cuando la semana pasada, el jueves, Lafonten me llamó para presentarme a Maxim Brodden.

—El energúmeno epiléptico.

—Maxim hizo fortuna, contrabandeando, y en su pasado hubo muertes, que no le pudieron demostrar porque se ganó amistades políticas. Hace ya unos años que sus negocios son claros, porque emplea los millones que ganó antes, en asuntos normales. Se explicó concisamente. Coleccionaba objetos antiguos. Una chifladura como

otra cualquiera. Sabía que su amigo Clyde Freemont tenía una caja de música que había comprado en Nueva York, anticipándose a él, en días. Freemont ignoraba la manía coleccionadora de Maxim. Éste estaba dispuesto a pagar diez mil dólares por aquella caja, y no dijo más. Se despidió.

—Usted habría ya intervenido en alguna venta de antigüedades...

—Abanicos franceses, muebles rococó, tabaqueras... Pero Lafonten no disimuló que Freemont no vendería a ningún precio. Yo debía proponerle a Freemont la compra de un yate. Conocía ya a Freemont, porque Lafonten me indicó que era un comprador que pagaba bien, si le interesaban las ofertas. Lo que me propuso Lafonten era absurdo. Tenía el plano de la casa que usted ha visitado. Yo podía hacerme invitar al fin de semana, y la noche del domingo, coger la caja de música. Los Freemont se iban el lunes, y Lafonten dijo que lo arreglaría todo para que no se sospechase de mí. Haría que alguien destrozase la caja...

—Yo.

—Entonces no se habló de usted. Le dije a Lafonten que yo no era una ladrona, y, entonces..., me reveló que no empleaba a nadie sin antes informarse por su detective personal, Kit Perkins. Y sacó a relucir una amenaza. Mi padre, antes de yo irme, bebía mucho. Le daban ataques, y era espantoso verle... Un vecino con el que estaba enemistado, apareció ahogado, con huellas de golpes. No inculparon a mi padre, porque yo demostré que estaba conmigo y mi novio, un muchacho honorable, que murió en la guerra. Pero mi padre no estaba con nosotros... No se encontró al asesino, y muerto mi padre, abandoné Lake Charles. Lafonten me dijo que podía demostrar que yo juré en falso, coaccionando con el mismo fin a mi novio, y que esto en Luisiana, se castigaba con cinco años de presidio.

—Le hizo un chantaje.

—Acepté robar la caja. Estaba muy nerviosa, cuando hacia las tres de la madrugada, fui al salón de Clyde, a abrir... No se me cayó el encendedor. Yo lo llevaba como linterna... Cuando cogí la cajita, oí ruido de pasos. Cerré aprisa, y pude llegar a mi alcoba. Me dormí, y sólo al día siguiente me di cuenta que en el nerviosismo, había dejado el encendedor dentro del arca. Y, entonces, Lafonten

como Brodden, dijeron que el encendedor les delataba, porque me interrogarían si lo encontraban.

—Inventó Lafonten lo del sonambulismo.

—Elijiéndole a usted para llevar la bomba, y haciendo pasar a Maxim por novio mío. Maxim dijo que usted nos haría chantaje, pero Lafonten aseguró que no. Y ahora, ha de demostrarles usted, que el encendedor que podría delatarles no existe.

—No existe, porque la bomba destrozó todo. Ahora, queda todo claro, pero a mí me buscarán para taparme la boca.

—Usted, no se ofenda, puede intentar decirle la verdad a Freemont.

—Soy un granuja, pero no tanto. Lo que sucede es que ya se lo he dicho antes: cuando me engañan, me revoluciono. Si Lafonten me explica la verdad, yo coloco la bomba, y me voy con tres mil dólares, ganados con el sudor de mis manos y frente. Ahora, tengo pendiente con ellos dos una deuda.

—Déjelo, Owen, porque ellos son influyentes, y le hundirán...

—No existiendo el encendedor, que los comprometía a los tres, usted se calla, y yo trataré de hacerme pagar los daños y perjuicios. Cuando se quede en Morpass, ¿me prestará el coche?

—¿Qué pretende hacer?

—Ir a mudarme, que aún conservo un traje decente.

—Si le pide a Lafonten dinero..., él me hundirá a mí.

—Y si usted piensa continuar prisionera del chantaje que le hace Lafonten, la próxima vez ya no jugará a sonámbula musical, sino a cosas peores. Déjeme amarrar a Lafonten. Un trato a distancia, prudente. Yo me callo, llevándome un par de miles, que me los he ganado, y él la deja a usted libre de chantajes. Se queda Maxim con su caja, y asunto concluido.

—Juega, con fuego, Owen.

—Ellos me hicieron jugar con una bomba.

—Los guardianes pueden describirle.

—Pelemos a oscuras, y yo encontraré una coartada. Estos manejos me los conozco bien. Lo que me tenía alelado, era el ver que daban tanta importancia a un encendedor. Ahora queda explicado.

El coche bajó una pendiente, y penetró bajo un cobertizo terminal. En torno a la ribera se alineaban, cada treinta yardas,

casas de dos plantas, con galería cubierta en el piso alto, y embarcadero.

Detenido el motor, ella murmuró pensativa:

—No debería dejarle, mi coche.

—Y es preferible. He meditado, y es mejor que no sepan dónde está usted, ni que me puedan ver con su coche, Beryl. Estoy fatigado, y aquí mismo podré dormir. Al amanecer, ya encontraré algún medio de locomoción.

—Gracias, Owen. En aquella casa, esperaré sus noticias. Y por si Lafonten enviara a Kit Perkins a indagar, me trasladaría a esta dirección.

A la luz del cuadrante, escribió ella en una agenda, y arrancó la hoja. Leyó Trevor:

«Pecan Road, 28. Teléfono MX88».

Bajaron ambos. Y ella tendió la diestra, negando sonriente:

—No me sirva de maletero, Owen. Soy fuerte, y puedo hacerlo. Medite bien lo que piensa hacer, y si consigue de algún modo, impedir que Lafonten me tenga amenazada...

—Ya volveremos a hablar, Beryl.

Ella se alejó hacia la casa deshabitada. Y Trevor, acomodándose en el asiento, cerró los ojos. Era irresistible, sonriendo, aquella maravilla de femenina fascinación...

Pero era preciso primero, «meditar bien lo que pensaba hacer...».

CAPÍTULO VI

El «autostop» era un deporte fácil, a la siete de la mañana, si además del pulgar apuntando hacia el Sudeste, se enrollaba uno cinco dólares en el dedo medio.

En el cuadrante del «Lincoln», además de cigarrillos, había dejado Beryl Simons, cinco billetes de cinco dólares. Una chica delicada...

El camionero señaló las cajas de fruta, que no ofrecían un asiento demasiado mullido. Pero a las nueve, se apeaba Trevor en Lafourche Place, desayunaba como un ogro, y a las nueve y media entraba en una calle del Vieux Quartier, yendo hacia su «matorral».

Caminaba como un indolente turista sin preocupaciones, pero íntimamente quejoso de que la Naturaleza sólo concediera al hombre dos ojos.

Aquel coche parado, tenía al volante un lector de periódico. Un lector que para un experto conocedor, llevaba impresa la palabra «policía» desde la copa del sombrero gris, hasta el codo puntiagudo.

Subió aprisa Trevor, y para entrar en su propio despacho, empleó las mismas precauciones que si fuera casa ajena, custodiada por manada de perros lobos.

Al cerrar, habiendo comprobado que estaba solo, se inclinó. Por debajo de la puerta habían deslizado una cartulina. La recogió y leyó:

«URGENTE. Llame al número
39 339».

Aplicó una cerilla y redujo a cenizas el mensaje, repitiéndose, mientras se desvestía:

—El triple de tres, tres treses, dos nueves, último y segundo.

Y amontonaba la ropa ajena en el armario archivo, vistió su traje negro a rayas: el elegante, el ceremonioso. Y, mentalmente, canturreaba:

—«Treinta y nueve, tres, treinta y nueve. Urgente». Había dejado en el bolsín del «Lincoln» el revólver de Brodden. Ahora, el que tocaba su hígado, era legítimamente suyo.

Acabó de anudarse la corbata color crema, y silbó complacido al doblar la hojilla que le valía quinientos dólares en el Banco de los Exportadores.

Y silbó más alegremente, cuando al otro lado del cristal opaco de la puerta, se recortaron dos siluetas. Y unos nudillos llamaban imperiosos.

A veces, era simpática la policía.

Fué a abrir con cierta cautela, pero el que empujaba era el comisario Leonard Chabert. Le acompañaba uno de sus inspectores: Reuben Hargrove.

—¿Se iba usted, Trevor? —inquirió, afectuoso, Chabert.

—A punto de hacerlo, comisario.

El inspector Hargrove era un alambre de alta tensión, y su escuela era la primitiva. Sus ojos eran dos taladros, y su voz le causó a Trevor el mismo efecto que una granizada de adoquines:

—¡Déjeme a solas con este granuja, señor!

No imploraba, sino que anunciaba tormenta. Pero Chabert chasqueó la lengua, antes de exponer:

—Reprima su natural indignación, inspector Hargrove. Por ahora, sólo tiene usted indicios. Tenemos prisa, Trevor. ¿Tiene algo que contar?

Owen Trevor, tras la mesa, miró al inspector, que tenía el aspecto de un lebel disponiéndose a emprender la carrera en pos de un bicho dañino.

—Me da lástima la mala opinión que parece tener de mí, inspector.

—¿Tiene algo que explicar, Trevor? —volvió a preguntar Chabert.

—Según de qué tema deseen les ilustre.

—Hable, inspector.

—¡Preste su más profunda atención, Trevor! —vociferó Hargrove, para al instante, en voz normal añadir—: ¿Qué hay de

dos guardianes contusionados?

Owen Trevor arqueó las cejas, y replicó:

—¿Se trata de una suscripción para una corona? Haberlo dicho, colega. Siempre dispongo de medio dólar..., para un caso así.

Chabert tocó en el hombro al inspector, y dijo:

—Este sarcástico muchacho le sacará de sus casillas, Hargrove. Déjeme llevar el timón. La investigación pertenece al inspector, porque es en su distrito donde han ocurrido ciertas cosas. ¿Durmió usted aquí, anoche, Trevor?

—No.

—A lo mejor, se acuerda de dónde estaba ayer al mediodía, pongamos a la una.

Simuló pensar Trevor, y, por fin, exclamó:

—¡Ya está! A la una, veía a «Bambi», en el «Paramount». Será infantil, comisario, pero he visto ya una docena de veces a «Bambi». Aquella lucha entre los dos ciervos, es formidable. Un fondo de rojos estallidos...

La cara del inspector Hargrove hubiera podido servir de fondo para el dibujo animado que citaba Trevor. El comisario asintió:

—De acuerdo. Habría alrededor de un millar de personas, en la sala a oscuras, que atestiguarían que usted estaba a oscuras entre ellos. Y, ¿dónde durmió anoche?

—En un diván.

—¿Dónde?

—Planta baja, setenta, y siete bis, calle Dubarry.

El inspector Hargrove, creyó reír sarcástico al comentar:

—El

«Wing-Wing»,

señor. Y claro, el caballero Lester Sigona, jurará que hasta le cantó la nana a este sinvergüenza.

—Lester Sigona, propietario del

«Wing-Wing»,

es un hombre de negocios muy respetable —afirmó Trevor.

—Que usted conoció en Nueva York —adujo Chabert—. Hace mal en volver a las andadas, Trevor. Dos guardianes puestos a escoger entre muchas fotografías, eligieron la suya. No hay ficha suya, Trevor. Era una foto de las que envió para renovar su licencia. Y los dos guardianes, dicen que es usted.

—Salgo bastante parecido en las fotografías siempre. Si me conocen, debieron aplaudir en honor al fotógrafo.

—¿Estas marcas del cuello qué son, Trevor?

—Me congestioné en un ataque de asma.

—Los dos guardianes han declarado que fué usted el que hizo estallar la caja fuerte de la casa. Peleó con ellos, y le reconocieron. La sala estaba con suficientes luces.

«Simpático Chabert. Ellos dirían que peleamos a oscuras, pero que me vieron en un coche al mediodía. Eres simpático, Chabert», fué lo que pensó Trevor, pero contestó:

—Hace años que tiemblo, cuando leo cualquier cosa. Por ejemplo, si han robado la Estatua de la Libertad, y estoy aquí, vienen desde Nueva York a echarme las culpas. Escuche, comisario... Yo soy incapaz de acercarme a ninguna caja fuerte. Y no acuso de mentirosos a los guardianes, porque mi cara es común y vulgar.

—Usted escaló un muro, cortó alambres, robó una cajita, y metió una bomba. Estalló antes de tiempo, porque acudieron los guardianes. Confiéselo, Trevor —invitó, amablemente, el comisario—. Si hace trabajar al inspector Hargrove, irá a parar su camino a una celda por larga temporada.

—Bien quisiera ahorrarle trabajos a su inspector, pero sería entorpecer la labor de la justicia. ¿Qué ganaríamos si yo confesaba algo que no he hecho? Mientras, el ladrón de cofres, seguiría impune, y mi conciencia me lo recriminaría...

—¡Quieto, Hargrove!... No podemos perder más tiempo, Trevor. Le prometo una condena no menor de diez años. Y también le prometo que antes de presentar el expediente de diligencias al juez, le daré personalmente una paliza particular, de hombre a hombre, en el sitio donde vuelva a visitarle. Buenos días, Trevor.

—Me lastima su despedida, comisario.

Pero estaba ya fuera Chabert, y en el umbral dedicó Hargrove una mirada hambrienta a Trevor al decirle:

—Pronto volveré a verte, muchacho.

Cerrada la puerta, permaneció tras ella Trevor, acariciándose el labio inferior. Podía ser que entre fotos de sospechosos, intercalaran la suya para que identificaran una, Eric y Perry.

Podía también ser que una denuncia anónima, citase a Trevor.

Pero ni Lafonten ni Brodden tenían interés en delatarle.

Bajó a la calle, llamó un taxi y presentó en la ventanilla del «Exporters» su recibo. Fueron minutos anhelosos, y, por fin, le preguntaron:

—¿En billetes de cien, señor Trevor?

—Me llevo sólo doscientos, en «dieces». El resto a mi cuenta. Gracias.

Al salir, miró con recelo, como el comerciante o pagador, que no desea ser atracado. El día se anunciaba espléndido.

Otro taxi le llevó al 77 bis de la calle Dubarry. Un local de diversión con mesas de juego, protegido por un concejal, y propiedad de Lester Sigona.

Un hombre decidido Lester Sigona. Nunca había apretado un gatillo, y cuando reunió unos miles manejando el naípe a su favor, tuvo un tropiezo. Le acusaban de haber estado en cierto local, a las once de la noche.

Ocurría en Nueva York, y llevaba la investigación el sargento con el que estaba peleado a muerte, Owen Trevor.

Owen Trevor no conocía de nada a Lester Sigona, pero se presentó a declarar. Ofreció una coartada solida, y Lester Sigona salió libre de la acusación de asesinato de dos gangsters.

Lester Sigona no había estado apretando el gatillo, pero estaba en el local, y no tenía coartada. No era un asesino, ni cómplice, pero hubiera pasado años en la cárcel, hasta que encontrasen al homicida: Su código le impedía delatar al que había «ajustado cuentas».

Fué a ver a Trevor, y le dijo:

»Usted no me conocía de nada, y mintió proporcionándome coartada. Yo no maté pero no podía demostrarlo, porque estaba allí casualmente. ¿Cuánto le debo? He ahorrado veinte mil, y un abogado me habría costado la mitad, sin sacarme libre.

Aquel día tenía Trevor doscientos quince dólares en cartera. Y había «jeringado» al sargento de detectives. Contestó:

»—Puede que algún día le necesite, Lester.

»—Me voy al Sur, a Nueva Orleáns. Búsqueme si va por allá.

Al llegar a Nueva Orleans, ya no se acordaba de Lester Sigona, pero en el camión, buscando coartada, lo recordó, y desayunando, buscó en el listín. Allí estaba con dos domicilios:

«Dubarry, 77, “Wing-Wing”»

«Dubarry, 77 bis»

Llamó por teléfono:

—¿Lester Sigona?

Una voz femenina informó:

—Está durmiendo el señor Sigona.

—Despiértele de parte de Nueva York, un tal Trevor.

Tardaron unos minutos, y, por fin, Lester Sigona dijo, como si se hubieran separado minutos antes:

—¿Qué tal, Owen?

—Iré a verte a media mañana, Lester. Anoche cené contigo, a las ocho y media. Bebí demasiado, y dormí en el diván de tu salón personal. ¿Te acuerdas, Lester?

—Aun te estoy viendo, muchacho. Comimos ostras, langosta y pollo, regado todo con champaña Cliquot, tres frascos, y coñac Napoleón. ¡Hijo, cómo roncabas! ¿A qué hora te despertaste, muchacho?

—A las ocho y media me fui, sin despedirme. Iré luego.

—Te espero.

Y a las once cuarenta, una criada negra, cincuentona, conducía al visitante a un salón particular del 77 bis de la calle Dubarry.

Lester Sigona, rechoncho, negrísimo de cejas y bigote, teñido el cabello espeso, tendió la diestra, palpo el hombro de Trevor, y dijo:

—Me alegra verte, muy de corazón, Owen. Lo que hiciste por mí, no tiene pago. Ni siquiera me conocías... Pero comprendiste que yo no maté... Y mi viejo era un siciliano de los recios, que todo lo perdonaba menos no ser agradecido. Nos beberemos algo fino. He prosperado, y tengo una hija que va a casarse con el sobrino de un diputado. ¿Y tú, qué tal?

—Viviendo.

—A lo mejor, tienes algún negocio en perspectiva, y puede que un préstamo de unos miles, me permitas ofrecértelo.

—Es curioso, pero hace dos días, si te llego a recordar, vengo a pedirte cincuenta dólares. Ahora... ya es tarde.

Presentó Sigona la copa con un vermut especial. Chocaron los cristales y comentó Trevor, después de beber:

—Puede que necesite una cama, y que necesite que nadie más

que tú lo sepa.

Llamó Sigona:

—¡Glen!

De la salita vecina salió un individuo espigado, de ardientes ojos negros. Tendría unos treinta años, y vestía muy elegante, rebuscadamente.

—Es Glen Boldini, mi secretario particular. Hay muchos vivales por la ciudad, y la policía está de acuerdo en que cada cual se defienda. Glen... Éste es mi amigo el señor Trevor. La habitación tercera es para él, y si te manda algo, yo lo he mandado. Sea lo que sea.

Glen Boldini debía tener muchas dificultades para mover la piel tensa del rostro, porque quiso sonreír, pero permaneció sombrío, aunque se hicieron menos duros sus ojos, y hubo un rictus de lado que mostró blancos dientes.

—Usted me manda, señor Trevor. ¿Lo que sea, Lester?

Y la pregunta la acompañó Boldini moviendo el índice derecho en sentido horizontal con la yema apuntando al infinito, y después hacia sí.

Rió Trevor, y aclaró Sigona:

—Si el señor Trevor te pide disparar, será contra mala ralea. Vete a disponer lo que atañe a la habitación tercera. Hace tiempo que nadie la ocupa, y estará desarreglada.

Se había ido Glen Boldini, y añadió Sigona:

—En otras manos, sería un futuro Al Capone. Me tiene ley. Pude salvar a su vieja, pagando una operación costosa, y el chico se desvive. ¿Te hace falta algo serio, Owen?

—Todavía no sé. Dime, ¿conoces a un tal Lafonten?

—Compra y vende. No tengo tratos con él, pero si los tuviera, no me fiaría.

—¿Maxim Brodden?

—Le he visto retratado en revistas elegantes. Dicen que se hizo rico, y no va ahora a un manicomio, porque es rico. Vino una vez aquí, y yo no estaba. Pero Glen comentó que el tal Brodden era un tipo peligroso.

—¿Conoces a una damisela llamada Beryl Simons?

—Ni idea, pero me puedo enterar.

—Si fuera preciso que se escondiera, ¿puedo traerla aquí?

—Hay preguntas ofensivas.

—Tengo que decirte que sospechan que yo...

—No quiero saber nada. No insistas, Owen. Tus asuntos son tuyos. Y eres lo suficientemente inteligente, para no buscarte complicaciones graves con la Ley. Ésta es tu casa, y nada más. Ni siquiera me conocías cuando me sacaste de un atolladero... Si viene alguien preguntando por ti, ¿estás?

—Voy a irme, y volveré esta noche, Lester. Gracias.

—¿Gracias? Ah, ya... Sí, es un buen vermut. Me lo envían de Cattano.

Ya en la puerta, dijo Lester Sigona, antes de abrirla:

—¿Te acompaña Glen, muchacho?

—Todavía no hay nada de eso... —rió Trevor, apretando el índice varias veces.

En la calle pensó que no estaba tan solo. Tenía un amigo.

Y cuatro enemigos: Lafonten, Brodden, el inspector Hargrove..., y el del número 39 339.

CAPÍTULO VII

La voz que respondió era autoritaria, impaciente:

—¿Quién al aparato?

—Urgente. Llamen al número que estoy llamando. Urgente — habló Trevor, ahicando la mano en torno a la horquilla, y estudiando, a través del cristal de la cabina, la escasa concurrencia en el bar estrecho, cuya puerta de entrada veía también.

—¿Owen Trevor?

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Venga al instante a mi casa. Soy Clyde Freemont, y pagaré lo que quiera, pero venga al instante.

—Yo de usted no lo haría.

—¿El qué?

—Esperar que le visite yo, sin conocerle. Esperaré una hora en mi despacho. Ni un minuto más.

Colgó el auricular, satisfechísimo.

Clyde Freemont, multimillonario, quería pagar. ¿Pagar qué clase de mercancía? Hizo sus cálculos seguros: Desde la casa que la noche anterior visitó, un bólido tardaba veinte minutos en llegar al Vieux Quartier.

Al cuarto de hora, llegaba indemne al interior de su despacho. Por lo visto, Brodden y Lafonten, esperaban la ocasión oportuna.

A los veinticuatro minutos de su llamada a casa de Freemont, alguien empujó brutalmente la puerta abierta. Permaneció sentado Trevor, abierta la americana, apoyadas las manos en las caderas.

Un metro ochenta, bien alimentado, deportista, unos treinta años, el tipo de joven dominador, y ni un pelo de tonto. Tal era el retrato que Trevor hizo del que, aproximándose, sentóse, anunciando:

—Soy Freemont, y a medianoche, conduje cinco horas seguidas, para comprobar lo sucedido en mi casa. Uno de los guardianes jura

reconocer una fotografía, y el otro no está seguro. Pero el inspector Hargrove admite que usted, pagado por un coleccionista sin escrúpulos, es capaz no ya de sustraer una cajita de música, sino de colocar cinco bombas en el Banco Central. Puede que se equivoque en el número de bombas, pero los últimos informes obtenidos particularmente, presentan una contradicción: anteayer no tenía usted un centavo, y esta mañana ha sacado doscientos dólares del «Exporters», dejando en cuenta trescientos. A mí no me interesa lo que quiera hacer la policía. Quiero sólo recuperar mi caja de música.

—Descríbamela y trataré de buscarla, señor Freemont.

Frunció el entrecejo el multimillonario.

—Sin baladronadas inútiles, Trevor, le hago saber que puedo movilizar todas las fuerzas honradas de la ciudad, y convertir en un cedazo legalmente, al que robó el objeto que estaba en mi caja fuerte, y que pensaba llevarme a mi casa de Bâton Rouge, dentro de una semana, cuándo estuviera ya instalada la vitrina del SIGLO XVI. Ha sido un robo ingenioso, pulverizando la caja fuerte, y posiblemente se hubieran llevado algo más, si hubieran tenido tiempo, para disimular. Yo quiero recuperar mi caja de música. ¿Cuánto quiere, Trevor?

—Cuando me encargan una investigación así, pido un anticipo de cincuenta dólares por día de labor, calculando en siete los días...

—¡Le consta que no he venido a eso! Yo tengo la influencia suficiente para retirar la denuncia, y paralizar toda investigación, tan pronto recupere mi caja de música. El inspector Hargrove jura que demostrará que es usted, el que trabajó para alguien. No me interesa que se demuestre nada. Quiero mi caja.

—Será cuestión de que empiece a buscarla con sumo interés...

—Voy a anotarle una cantidad, la hora máxima hasta la cual esperaré, y después de esta hora..., movilizaré a toda la policía libre, oficial y privada. Le haré la vida imposible, vaya donde vaya, señor Trevor.

Rebuscó en su bolsillo nerviosamente el multimillonario, y extrajo una agenda. Escribió con lapicero de platino, arrancó y colocó la hojilla sobre la mesa. Esperó, pero al ver que no la recogía Trevor, se puso en pie:

—Tendré el dinero preparado en billetes sin marcar. Habrá oído

decir que los coleccionistas se apasionan, y al igual que algunos pueden pagar a un detective para cierta tarea, si carecen de escrúpulos, otros cumplen si prometen no tomar represalias.

—Suponga que encuentro al ladrón. No confiará en promesas...

Una sonrisa esperanzada se dibujó en el guapo semblante del que especificó:

—Encuéntrelo, y por mi eterna salvación, le juro que usted podría irse tranquilamente y rico de Luisiana. Esperaré hasta la medianoche. Si usted es tan inteligente como pretende Hargrove, se dará cuenta que no prometo en vano. Tanto gusto, señor Trevor.

Fué a cerrar Trevor, y al volver a la mesa se abalanzó sobre el papel. Satinado, de canto dorado, impoluto...

«Veinticinco mil dólares. Hasta la medianoche. En mi casa».

Veinticinco mil dólares. La fortuna.

Paseó abrumado, efervescente el cerebro, acariciando la hojilla... Recordaba los gestos nerviosos con que escribió el millonario. Cuando abrió la agenda, ésta quedó abierta como si ya se hubiera empleado aquel espacio.

Giró la hoja, y leyó, asombrado:

«Todas hieren, la última mata».

«Ambrose Maud».

Entre los dos nombres había un dibujo representando un corazón.

—¿Qué diablos es esto? —masculló furioso—. ¿«Todas hieren, la última mata»? ¿«Ambrose, un as de corazones, Maud»?

Su paseo se hizo más impaciente, y quince minutos después, abandonaba su despacho, siempre vigilante, hasta que desde el mismo bar, marcó los números pertenecientes a la casa de Freemont.

Era indudable que el coleccionista se pasaría el día enclaustrado, fumando, mordiéndose las uñas, esperando...

—¿Señor Freemont?

—Un instante, por favor. Creo que ahora llega su coche...

Y poco después, Clyde Freemont, al aparato, preguntó quién le llamaba.

—Trevor al habla. Usted escribió una sola línea... Y resulta que en el reverso, había otra cosa escrita. Un dibujito muy mono, que supongo será un corazón.

—Comprendo, comprendo. —Y había impaciencia en la voz de Freemont—. No tiene importancia alguna. Era una inscripción grabada en un objeto. No tiene importancia.

—Mucha para mí, si desea que investigue su encargo, señor Freemont.

—No tiene relación alguna. Es una tontería.

—Lo decidiré yo, pero tengo suficientes cosas en qué pensar, sin que ahora, una tontería me intrigue.

—Le repito que estaba inscrito en un objeto que no se vendía. Copié la frase, por parecerme curiosa. Nada más.

—¿Por qué me dió esta hojilla escrita ya?

—¡Compréndalo, hombre de Dios! Abrí, la agenda, y escribí, sin darme cuenta que lo hacía al otro lado de hoja ya empleada.

—De acuerdo. No se ponga nervioso, pero yo, al leer la frasquita, me puse nervioso, viendo amenazas, misterios...

—¡Nada de eso! Me oyó, y tanto ofreciendo pago, como represalias, soy netamente rotundo. Hasta la medianoche, Trevor.

Sorbiendo café, Trevor barajó las posibilidades de obtener la caja de música. Pedírsela a Brodden, era de una ingenuidad rayana en el «*delirium tremens*».

Pero iba a hacer sudar a Lafonten, y fué elaborando su nuevo plan. Por de pronto, la hora era propicia para una visita a una oficina.

Una oficina lujosamente amueblada, con cuatro mecanógrafas, y una «recibidora» apta para decorar un calendario «Squire».

—Buenos días, señor. ¿En qué puedo servirle?

—Si se lo dijese, me abofetearía. Prefiero ver a Sidney Lafonten.

—El señor Lafonten está atareado, señor. ¿Tiene hora dada?

—Hace ya dos noches. Si quiere perder su empleo, no le comunique al instante a Lafonten, qué yo, Owen Trevor, servidor de usted, espera ser recibido ahora mismo. Espero dos minutos.

La rubia secretaria titubeó, hizo alternar un pestañeo con una sonrisa inexpresiva, y, por fin, acudió a un dictáfono, bajando una

palanca.

La voz grave, pausada, resonaba aún más amplia por el micro:

—Diga, señorita.

—El señor Owen Trevor desea ser recibido lo antes posible, señor...

Tardó unos segundos la voz en contestar:

—Ruegue al señor Trevor, que aguarde un instante tan sólo. Introdúzcalo, cuando mi visita haya salido. Al instante mismo.

Owen Trevor dedicó un guiño de suficiencia a la rubia secretaria. Pero íntimamente, sentía un cosquilleo especial, que nada tenía que ver con la rubia secretaria, cuando ésta dijo:

—Pase por aquí, señor Trevor, por favor.

El corredor era largo, y ella dijo:

—De costumbre el señor Lafonten se pone furioso si...

—Conmigo no, ya que él y yo compartimos la misma habitación

en

Sing-Sing.



—Compartimos la misma habitación en Sing-Sing.

Rió ella sofocadamente, faltando diez pasos para la puerta donde una placa anunciaba:

«SIDNEY LAFONTEN»

—Sin hora, nunca recibe el señor Lafonten.

—Es que yo ejerzo una fascinación irresistible sobre Syd. Casi la misma que usted ejerce sobre mí, Mary.

—Linda Dupré. —Y dejando de sonreír, tocó ella la puerta. Abrió, anunciando:

—El señor Owen Trevor.

CAPÍTULO VIII

Una espaciosa estancia, mullido suelo, tapizadas paredes, muebles selectos, ambiente de propiedad, y la única nota desagradable la expresión de Lafonten, sentado tras la mesa cubierta de adminículos propios del hombre de los mil y un negocios.

—Una visita inesperada, Owen. No presumía verle tan pronto.

—La sorpresa es mutua, Syd. ¿Le molesta la familiaridad?

—Si viene a devolverme los quinientos dólares, lo celebraría.

—Hombre, somos amigos y hay confianza, pero no tanta, Syd. Me está usted contemplando como el sapo del bayú mira volar un mosquito.

—No está mal el símil, Owen. ¿Qué más?

—¿Cómo sigue Max?

—Pasablemente bien. Pero, naturalmente, un poco resentido. Hacen bien Beryl y usted en mantenerse lejos de su alcance. No es hombre que perdone los agravios.

—Yo tampoco. Le envía Beryl besitos desde lejos, Syd. Una muchacha delicada, impulsiva, pero inteligente.

—Tonta de remate. Prefirió irse con un truhán como usted.

—A quedarse con un loco y un truhán camuflado en gordo negociante. Se me olvidaba a lo que vine, Syd. Deme la cajita musical.

—No he oído bien, Owen.

—He visto a Freemont. Oiga, es alguien importante, ¿sabe? Está como una chiva pensando en su cajita perdida. Y me ha convencido de que investigue para recuperarle la música enlatada. Entonces, me he dicho: «¿Y si fueras a saludar al estrangulador?». Aquí estoy, y usted me dará la cajita sonante.

—Ignoro de qué me habla, Owen.

—Ya sé que no la tiene usted, pero como Max es su amiguito,

usted puede persuadirle, a menos que quiera parecerse a un globo verbenero, con un pijama a rayas de medida especial, que lleva un numerito bajo la tetilla izquierda y sobre la frente.

—¿Tan embrollado es mi porvenir? —sonrió Lafonten.

—Fuera hay cuatro mecanógrafas, y una secretaria despampanantes. Y le acecho refocilado, Syd, porque usted no vuelve a colocarme las zarpas encima. A mí me ha hecho Freemont una oferta, y yo se la hago a usted. Él quiere la caja, y me da una nota de saldo liquidado. Usted me da la caja, y yo le garantizo que cada oveja vuelve a su redil. Olvídese de hacerle miedo a Beryl, y yo me olvidaré de Nueva Orleans. Me marcharé con unos miles, y todos contentos.

—¿Cuánto le ofreció Freemont?

—Veinticinco mil, y garantía absoluta de colocarme dos alitas para que el inspector Hargrove, que resopla sobre mis huellas, me deje transitar hacia otro Estado.

—No creo que Maxim acepte.

—Pero usted sí. ¿Cuánto le ofreció Maxim?

—Una cantidad razonable. ¿Y qué se propone, Owen? ¿Engatusar a Freemont?

—¡Nada de eso! Sé cuándo he de jugar limpio. Con él, todo limpieza. Con usted, zotal, «D.D.T.» y similares. Recuerde cuando vino a verme, lo que me dijo: «Necesito un granuja sin escrúpulos». Y aquí me tiene. Luego las reclamaciones al maestro armero, como decíamos en el cuartel. Usted quiso un granuja, para hacerle una granujada. Y ahora llevo los cinco ases. Póngase en contacto con Maxim, invente lo que quiera, pero esta vez no pienso llevarme trilita en conserva, sino la caja sonora.

—¿Y si no se decide a perderla mi amigo Maxim?

—Entonces, todos iremos a deshojar margaritas entre rejas.

—Usted no tiene crédito moral, Owen.

—Yo no, pero Beryl está bajo mi influencia persuasiva. Y una hijita explotada en su amor filial, conmueve a un jurado. En cambio, el mismo jurado, viéndole a usted, llama a voz en cuello, al matarife. Inductor al robo, Syd... Deplorable, deplorable. Abajo su oficina, y le haría la vida imposible Freemont. Falló la bomba, Syd.

—Tendré que consultar a Maxim, aunque me temo que no aceptará.

—Usted ejerce sobre el loco ése, una gran influencia.

—Puedo darle la dirección de Maxim.

—Y va a ir el fantasma del pirata Morgan, pero no Owen. Que le traiga Max la caja, aquí, en esta oficina, a horas laborables, advirtiéndole que vendré escamadísimo. Y le aconseja que se dedique a coleccionar sellos o anillos de puro, que van baratos y no complican a un tercero. ¿A qué hora abre esta tienda, Syd?

—A las dos y media en punto.

—Vendré por la caja, entre dos y media y seis. Dígale al «gangster» retirado, que no intente sorprenderme, porque con una vez bastó. ¿Desea algo, Syd?

—Cuídese mucho, mi joven amigo. Dejo su destino futuro en manos de Maxim.

—Y yo el suyo en manos de Clyde Freemont, si él y yo nos quedamos sin caja.

Hubo inquietud en el rostro grasoso.

Rió Trevor, ya en pie.

—No le he dicho todavía nada de nada. Pero si me preparan una caja ataúd, habrá quién será mi voz de ultratumba. Y si he de ser el heraldo de la muerte de un sapo y un esquizofrénico, moriré cantando. Hasta luego, Syd.

—Puede salir por aquella puerta.

—Prefiero irme siempre por dónde vengo. Hacia las tres y no más tarde de las cinco y media, volveré a tener el asco de verle.

Apenas estuvo en el corredor, Owen Trevor aceleró el paso, volviendo a normalizarlo al rozar el mostrador. Era «alguien», y lo leyó en las miradas de las mecanógrafas y de Linda Dupré, que se aproximó.

Era el hombre recibido al instante por el opulento financiero intermediario en mil y un negocios.

—¿Desea, algo, señor Trevor?

—Eso. Verla de cerca para asegurarme que no es nácar su tez, ni esmeraldas estas pupilazas. Oiga, Linda, soy un solterón sin compromiso.

—Pueden oírle mis compañeras...

—Y me rifan. ¿La espero dónde, cuándo?... ¿En el «Cosy» a la una y media?

Asintió ella, y se despidió con un guiño jovial de Owen Trevor.

Estaba ya en el ascensor, cuando llamaron a Linda Drupé desde el despacho patronal.

Y Lafonten habló pausadamente:

—He presenciado los susurros del señor Trevor. Deseo conocerlos.

—Me invitó a ir al «Cosy» a la una y media, señor, pero yo no di el menor motivo...

—Mi amigo el señor Trevor, adolece del defecto de tomarse libertades sin motivo. Vaya a verlo, óigale, y repítame lo esencial, cuando regrese a las dos y media, señorita Dupré. Horas extraordinarias, que justiprecio en estos cincuenta dólares.

—Gracias, señor.

—A usted. Y en todo aquello que no sobrepase los límites decorosos que exijo en mis colaboradoras, procure complacer al señor Trevor, que es un detective poco escrupuloso que intenta mortificarme. Compórtese como si él fuera un caballero, y acceda a lo que le pida, que estoy seguro no tendrá interés para usted, y mucho para mí. Buenos días.

A la una y treinta y cinco, entraba Linda Dupré en el «Cosy», y Owen Trevor silbó tenuemente. Le gustaban más las rubias que las morenas.

Pero se trataba de negocios.

—También —dijo ella, aprobando la petición de Martini. Y después añadió, manteniéndose sentada a media yarda en el diván herradura—: No tengo costumbre de aceptar invitaciones tan directas, Señor Trevor.

—Es pura anticipación de futuras relaciones convenientes, si congeniamos, Linda. Tengo planeada para esta tarde una buena broma, y quisiera que fuese una sorpresa para mi amigo Syd. A lo mejor, les da vacaciones a las mecanógrafas, y se encierra en su despacho con alguna visita, y quisiera verle a solas. Todo una broma inocente, se lo aseguro.

—Si no ha de perjudicarme a mí...

—Al contrario. Usted entra a las dos y media, y cuando yo llegue, si no está solo el señor Lafonten, me lo hace comprender con un gesto discreto, por ejemplo, juntando las manos. Si está solo, y me extrañaría..., debido a las muchas visitas que recibe, me lo hace saber, diciéndomelo. Claro, que hay otra puerta en aquel despacho.

—Pero al abrirse, lo sé, por el aparato de luces, que sirve para que la siguiente visita, pase.

—Magnífico. Y en testimonio de amistad, ¿qué le llevo esta tarde? ¿Una caja de «Dupont, 51», surtida en la gama arcoiris?

—Número 8, señor Trevor —sonrió ella—. He de irme, porque pudiera verme alguien, y decírselo al señor Lafonten. En otra ocasión, y cuando su broma haya dado resultado, si desea usted verme, concertaremos una entrevista.

—Exacto. No la acompaño, pero en otra ocasión, hasta donde sea.

A solas, Trevor pidió la carta. Iba a almorzar espléndidamente. Todo iba bien.

Era estúpido pensar que Lafonten no tuviera bien amaestradas a sus empleadas, y debió verle cuchicheando con Linda Dupré. Ésta no iba a perder su empleo. No era tan cándida como para prestar crédito a un individuo como él, con aquella cara que pregonaba malicia y tan escasas intenciones casaderas, como predisposición a bromas infantiles.

Lafonten avisaría a Maxim, y éste se agazaparía en el despacho. Iba a ser la segunda operación anfibia.

Comió como un sibarita. Y paladeó la copa de coñac Curvoisier, hasta que al marcar las tres, abandonó el «Cosy».

La acogida iba a ser emocionante. Pero era necesario correr el riesgo, porque necesitaba la caja de música. Y sobre todo, ver claro en todo aquel engranaje.

CAPÍTULO IX

El vestíbulo de la planta baja era monumental, alineando tiendecitas lujosas, peluquerías, baños turcos, taquillas de localidades, ascensores cromados, y todo respiraba prosperidad y normalidad.

En el ascensor correspondiente, había dos señoras y tres caballeros. Ellas abandonaron el ascensor antes del piso octavo, y uno de los tres, también.

Trevor pensaba en la acogida, dando por seguro que no habría mecanógrafas, y que Linda Dupré diría que Lafonten estaba solo.

Empujó la puerta, y vio la oficina totalmente desnuda de humana presencia. Trevor abrió su chaqueta, para deslizar la mano hacia la cadera, cuando interrumpió el movimiento.

Aqué! era el inconveniente del pavimento de losetas de caucho. No había oído nada, pero sentía perfectamente que entre sus riñones se apoyaba un cañón de cualquier calibre.

—No te muevas, compadre —le advirtió el que empujaba.

Miró por encima de su hombro, y vio el rostro de uno de los dos viajeros del ascensor. El otro, a un lado, señaló con su revólver hacia la puerta con la etiqueta: «Sidney Lafonten».

—Andando, detective.

Trevor procuró no hacer ningún movimiento Brusco. Aquellos dos eran del género receloso, que pegaban tiros, y después aconsejaban no embarullar las cosas.

Caminando hacia la puerta, pensó que sus dos escoltas, era mano de obra reclutada en cualquier «gang», si se tenían influencias especiales.

Y las debía tener antiguas, Maxim Brodden.

En el despacho, no estaba Lafonten. Sólo Brodden, sentado, con un aspecto muy frío, distante, despreciativo.

Atrás, a una yarda, notaba Trevor la presencia de los dos

pistoleros, que no soltaban la empuñadura, y estaban muy dispuestos a pegar...

Tragó un poco de saliva, y, por fin, dijo:

—Buenas tardes, Brodden. ¿Qué tal?

—Se ha pasado de listo, como todos los crápulas de su clase, Trevor, y no vamos a perder tiempo. Me contestará a una pregunta, y si no quiere, se la extirparemos. Después de contestar, saldrá usted de cabeza por esta ventana.

Además de vinagre, la voz aguda contenía completa seguridad.

Trevor conservaba los codos doblados, y las manos engaritadas a altura de sus propias sienes, batiendo como un tambor.

—Si aterrizo abajo, usted irá a la cámara de gas. Ya le dije al sapo que había alguien que de no volver yo a tiempo, sería el heraldo de...

Se interrumpió, porque acababan de extraerle el revólver, y a la vez le empujaban por la espalda, a punterazos de automática.

Los claros ojos de Brodden condensaban macabra decisión.

—¿Dónde está Beryl? —preguntó.

La temblaba el labio inferior, y Trevor volvió a sudar...

—Un solo tiro, y acuden al galope cientos de ciudadanos, Max.

—Y Kit Perkins, detective de Lafonten, que es el hombre a su derecha, declarará que usted era un chantajista repugnante. ¿Dónde está Beryl? Conteste, pronto. ¿Le han tanteado el cráneo con una porra de caucho? Es especialista el hombre a su izquierda...

—Tranquilidad y pausa, compadres. Voy a contestarle, Max, pero ¿de la cajita sonora, qué?

—¿Dónde está Beryl?

—La encontrará en...

Ya no había más que hablar. El detective Kit Perkins recibió el codazo, y se encogió. Pero el otro, embistió como un toro, y tenía Trevor el convencimiento de que allí se acababa todo, cuando la agitación en torbellino, cesó como por encanto mágico.

Un hombre acababa de surgir, empujando la puerta, y decía secamente:

—Hola, señor Trevor.

Kit Perkins no vio nada, porque acababa de recibir un culatazo seco y perfecto. Y el otro, el «especialista», se miró la mano derecha llena de sangre, y apartó el saludo, sólo había sonado un «¡floc!»

suave...

Glen Boldini encañonaba ahora el silenciador hacia Maxim Brodden, que comprendió por experiencia, que aquel intruso, puesto a trabajar se ganaba de sobras cualquier jornal.

Trevor no preguntó nada, ni pidió misericordia por el «especialista», que atravesada la diestra pretendía recoger su pistola, recibiendo en la barbilla un puntapié del flemático siciliano, complementado con un culatazo en plena cabeza.

Trevor se abalanzó alevosamente, y su puño izquierdo encajó en la órbita visual de Brodden, que, ya en pie, tocaba la culata...

El puño derecho le alcanzó de lleno en la boca, y adelantó las manos para arañar. Las apartó Trevor para repetir una serie de directos que eran un sedante como desahogo rabioso, desquitándose de los sudores que, por dos veces le había inspirado aquel individuo.

Cuando Brodden yacía sin sentido en el sillón, donde había caído, dijo Glen Boldini:

—No se enfade tanto, señor Trevor.

Owen Trevor recogió su revólver, y recomponiendo el ajuste de su ropa, rió con salvaje fruición, mirando al sombrío siciliano.

—¿De dónde cayó tan celestialmente, Glen?

—Lester me ordenó que le vigilara muy discretamente, y que interviniese si había apuros. Creo que los había.

—¡Vaya que sí! —exclamó, eufórico, Trevor, mientras encontraba en el bolsillo posterior de Kit Perkins, el detective privado de Lafonten, un juego de tres aros metálicos.

Reunió la muñeca izquierda de Perkins con la derecha del otro. Y el segundo aro con cierre de ajuste, enlazó dos tobillos de diferente anatomía, mientras el tercero mantenía en alto, por encima de su hombro, la muñeca derecha de Perkins, y la que quedaba del otro.

—Estupendo —aprobó, admirativo, Boldini—. Esos dos, si no los separan, quedan adheridos como lapas.

Trevor ponía en pie a Brodden, cuyo hinchado rostro expresaba rabia y miedo.

—Nos vas a conducir a tu casa, Max. Hay cierta salida directa al garaje, por aquella puerta. Irás delante, y si has preparado más sorpresas, las contarás a tu discípulo Satanás. Saca fuerzas y

camina, o te llevo a rastras.

Sin pistola, Brodden era muy distinto. Se pasó un pañuelo perfumado por el rostro tumefacto, gimiendo. Le empujaba Trevor, asiéndole por el cuello de la americana.

Glen Boldini, abriendo la puerta particular, echó un vistazo, y después comprobó que Kit Perkins y el ayudante, seguían completamente en el Limbo.

No salieron al rellano general, sino al personal «Privado 3B», que pertenecía a Lafonten. En el garaje había un «De Soto» de lujo, cuyo volante palpó Boldini, tras colocarse unos guantes qué estaban en el cuadrante.

Atrás, Trevor hincó más el revólver en el costado del que se encogió, lloroso.

—¿Tu casa, Max?

Con voz quejumbrosa Brodden dió la dirección. La mejor zona residencial de la ciudad, casas con parques que parecían hipódromos. El coche fué bajando la rampa en espiral hacia la salida.

Cuando rodaba por Moscoso Alameda, comentó Trevor:

—Parece mentira que por una musiquilla tonta, nos compliquemos tanto la vida, Max. Me has pegado dos sustos de muerte, y estoy furioso contigo. Me da lo mismo que me lleven al patíbulo, si antes te dejo frito. No te freiré a tiros, si me haces caso. ¿Quieres hacerme caso, Max, chiquillo chiflado?

Temblando bajo el impulso de diversas pasiones elementales, Brodden, que parecía muy acatarrado, no apartó el pañuelo, al decir:

—Usted..., gana.

—Lafonten hizo el Pilatos convencido que tú me ibas a suprimir. Pero aquí, soy yo el abusón. Mi amigo parará el coche, y vendrá a sentarse donde estoy. Y si yo soy magnánimo, él es una fiera. Les tiene tirria a los cobardes como tú, Max. Pero no te hará daño, si todo sale bien. ¿Dónde tienes la música? ¡Contesta, nene!

Completamente abatido, Maxim Brodden dijo que la caja de música estaba en su cofre particular de la alcoba. Después contestó que su mayordomo Sinclair atendería la tarjeta firmada acompañada de la llave...

—Estríbe textual, Max... Afirma la mano, o tendrás que romper

muchas tarjetas. ¿Listos al dictado? «Sinclair: El portador recogerá la cajita enfundada en piel negra, esperando, sin entrar. Quédese la llave». Y ahora firma neto, añadiendo debajo: «El portador es policía del Trust de Antigüedades, y de mi plena confianza».

Frenó Boldini cinco metros más allá de una gran verja, y se limitó a volverse sobre el respaldo, mirando fijamente a Brodden.

Bajó Trevor para anunciar refocilado:

—Si se porta mal el niño, no le pegue usted en la cara, porque no queda sitio. Sólo un par de tiros. No merece tres.

En la verja, a la llamada acudió una especie de jardinero con librea. Tendió la tarjeta Trevor.

—El señor Brodden espera en la joyería de peritos tasadores. Urgente esta llave y la orden escrita, al mayordomo Sinclair.

Tres minutos después aparecía un solemne mayordomo, que iba a abrir, pero se contuvo, porque Trevor exageró la rudeza:

—La tarjeta y la llave las he traído yo. Usted ha de traerme el objeto que espera el señor Brodden. Me pagan para ir de prisa, Sinclair, y hay sujetos pesados por las calles. Tengo prisa.

—Si el señor Brodden quisiera confirmarme por teléfono...

—¡Adiós! Ya se entenderá usted con su señor Brodden...

—¡Por favor! Vuelvo en seguida.

Y el solemne Sinclair aceleró el paso por entre el césped, los parterres, las estatuas, pista de tenis, piscina...

Regresaba a los cinco minutos, y tendió la cajita, que Trevor palpó, examinando la llavecita colgando del broche.

—Por teléfono le confirmará mi llegada sano y salvo el señor Brodden. Adiós, capitán lacayo.

Cuando el «De Soto» arrancaba, asomóse Sinclair...

Trevor contempló pensativo a Brodden.

—Tengo la convicción de que has inventado ya varias muertes suculentas para ti, fétidas para mí, Max. Hazme caso, y viviremos los dos. Yo me iré tan pronto le cobre a Clyde. Si nos tropezamos tú y yo, dispararé como un frenético vaquero. Ya no me das la tercera sudada, Max. Ahora, te devolveré el coche, en el momento oportuno. Y, ¿ves este puño? Me duele, pero es sano y leal. Te lo incrustaré si...

El puño repiqueteó a un lado de la barbilla aguda, bajo ella, y de nuevo en el primer blanco. La cabeza de Brodden chocó tres veces

contra el tapizado, y permaneció inerte, resbalando...

Lo ayudó Trevor a quedarse quieto en la alfombrilla.

Detenido el coche, dijo Trevor:

—Gracias, Glen. Ahora, ya no corro el menor peligro. Váyase, y dígame a Lester, que esta noche iré a verle hacia las diez. Este pelele no dirá nada de nada.

—Y aunque dijera, me creo que preferirá callarse. Contento de haberle sido útil, señor Trevor.

Se alejó Boldini hacia la cantina, donde había taxis esperando. Trevor reunió las muñecas y tobillos de Brodden a su espalda, doblando bien sus articulaciones, y lo dejó boca abajo en la alfombrilla posterior. Echó por encima la manta rodillera, cuando comprobó la solidez de las torcidas de alambre.

Y condujo el «De Soto», ya enterado por teléfono de que Beryl Simons, no estaba en Pecan Road 28.

Era largo el camino hasta Morpass Lake, pero cuando el coche quedó bajo el cobertizo, no se arrepintió Trevor del viaje.

Al atardecer era precioso el paisaje, y espectacular la figura de la que pescaba, sentada al borde de un embarcadero.

La camisa de seda, el pantalón pirata y las sandalias, no menguaban en nada la poderosa femineidad de Beryl Simons, que abandonando la caña de pescar, acudía al encuentro del que esperaba junto al coche.

Pensó Trevor que aquella Eva, hubiera sido en lejanos siglos, Cleopatra o una patricia romana. Tenía «clase» hasta en las sonrosadas uñas de los redondos dedos inferiores.

Y una boca que daba vértigos, cuando sonreía...

CAPÍTULO X

—Buenas tardes, Owen. Un coche precioso, pero es de Brodden.

—Es un «De Soto». ¿Muy aburrida?

—Sí. ¿Qué es ese bulto?

—Si abre la portezuela, nos enteraremos si Max vive o felizmente ha abandonado esta mísera vida.

Febrilmente, Beryl Simons abrió, alzó la manta y lanzó un gemido de horror. Medio ladeado, respirando dificultosamente, Maxim Brodden chilló agudamente:

—¡Quíteme el alambre, Beryl!

—Todavía no, Max. La señorita ha de enterarse de por qué soy tan cruel y malvado. El sitio es propicio para las bucólicas conversaciones. Este chiflado me anunció que me preparaba una salida en tromba por la ventana de un octavo piso. Y si me salvé fué porque mi mala estrella ha cesado. Hoy he leído una frasecita que viene al pelo. Aplíquesela, Max, y piense en la frase aplicada a nosotros dos. Hasta ahora nos hemos herido, pero sin más. Piense en la frase: «Todas hieren, la última mata».

Sobresaltado, miró Trevor a la que, clavándole las uñas en el antebrazo, dilatados los ojos, lívido el hermoso rostro, casi gritó:

—¿Cómo ha dicho?

—Diantres... ignoraba que la frase tuviera trilita, Beryl. La he leído en la agenda de Clyde. ¿Tiene significado?

Ella forzó una sonrisa, y repuso:

—Me chocó la cita, nada más, Owen, porque es la versión de la leyenda latina que se encuentra bajo los relojes antiguos: «*Omnes vulnerant, ultima necat*». ¿Y dice usted que estaba escrito en la agenda de Freemont?

—Sí. Y como me intrigó, le pregunté el significado. Dijo que, recientemente, la había leído en un objeto que no estaba en venta. Y había un corazón y dos nombres: Maud y Ambrose... Bueno, si le

interesa, puedo preguntarle a Freemont.

—No, en absoluto.

—¡Quíteme el alambre, Trevor! —aulló Brodden.

—Usted decide, Beryl. Lo traje aquí, para que usted determinara, si vamos todos a la policía, o sigue la fiesta.

Inclinada, ella forcejeó un momento, para después ir a su coche, y volver con unas tenazas. Cuando pudo incorporarse, Maxim Brodden se volvió de espaldas, apoyándose en la ventanilla junto al volante. Dijo, tratando de hablar calmadamente:

—Váyase lejos, Trevor. Si quiere le daré el mismo dinero que le ha ofrecido Freemont.

—No quiero tratos con quien me trata mal, Max. Usted explotó los sentimientos de Beryl, y ella es la que decide.

—El señor Brodden no quiere ya saber nada de todo esto.

—Pero quería saber dónde estaba usted, y sigue mosca con el encendedor —arguyó Trevor.

—Porque el encendedor era delatora prueba contra Lafonten, y le hubiera comprometido a él también, en las investigaciones —declaró Beryl—. Yo creo, que ahora ya renunciarán ellos a molestarme, porque... no le aguantaría más. Volveré a la ciudad, y dejaré un escrito en mi caja del Banco. Nadie lo leerá, si ustedes me dejan seguir mi trabajo como antes.

—¿Qué contesta a la oferta de la pipa de la paz, Max? —preguntó Owen.

—¡Ojalá nunca hubiera empezado esto! Quiero irme.

—Yo creo que la mejor solución es que emplee mi coche, Owen —propuso Beryl—. Yo volveré a la ciudad con el señor Brodden. Voy a vestirme...

—Voy con usted, Beryl —asintió Max.

—Un momento. ¿No le teme a quedarse sola con esta sabandija? Además, tengo que ir a devolverle la caja a Freemont, y dejándole suelto, este caballero puede volver a pensar cosas dañinas para mi salud.

—Yo no soy Ambrose —masculló Brodden.

—¿Quién es Ambrose? —sonrió, intrigado, Trevor.

—Fué un «gangster» que murió acribillado...

—Curioso. Y bajo la leyenda de las que hieren..., había un corazoncito entre Ambrose y Maud. Las que hieren se refería a las

horas, pero..., ahora el «gangster» acribillado... Claro, que hay muchos Ambrose.

—Maud era la esposa de Ambrose. En la fuga, murió abrasada al volcar el coche.

—¡Comprendido, y un misterio menos! —exclamó, satisfecho, Trevor—. Seguramente la pareja tendría un reloj de pared en su chocita, y Freemont quiso comprarlo. Bueno, al grano, Max. Voy a irme en el coche de Beryl, a entregar la cajita. Cobraré y adiós. Viviremos todos tranquilos, si usted no se vuelve a entrometer.

—Freemont querrá saber...

—Lo que quiere es la música, no las palabras de la canción.

—¿Y el encendedor? —murmuró ella.

Sonrió Trevor, y guiñando un ojo, dijo:

—Como si no existiera. Lo dejé en sitio seguro, y ahora lo recogeré. Acerque el oído, Beryl.

Y, cerrando los ojos, porque estaba muy cerca el rostro, susurró él, atento:

—Cuide de que él no me estorbe, y espéreme en el «Wing-Wing», donde le daré el encendedor.

—¿Lo tiene Freemont? —musitó ella.

—Lo escondí al salir escapado. Espéreme en el «Wing-Wing», sola.

Enderezándose, regresó junto al que permanecía de espaldas:

—¿Terminado todo, señor Brodden?

—¡Ojalá lea pronto su esquila!...

—Y la Humanidad habrá perdido un gran artista. Abur.

Al volante del «Lincoln», silbó contento Trevor. Iba a cobrar veinticinco mil dólares. Desde una cantina, telefoneó al 39 339.

La voz de Freemont resumaba ansiedad.

Especificó Trevor que llegaría hacia las nueve. Y que tenía plena confianza en la palabra de un hombre decente, si era un coleccionista. Que si iban a detenerlo, convertiría la cajita en un amasijo sin valor...

Pero al reanudar el camino, estaba seguro de que cumpliría Freemont. Se dedicó a pensar en Lafonten. Lo más seguro era que

abandonase también, sin perder la comisión.

Todos ellos entre sí estaban atados por lazos de silencio. Después pensó en Beryl Simons.

Seguramente abandonaría Nueva Orleans y Luisiana. En cualquier otra ciudad, lejos de Lafonten y Brodden, triunfaría también.

A lo mejor...

Sonrió complacido. Un viaje hacia donde ella se dispusiera a residir, no vendría mal...

En realidad, no le gustaba Nueva Orleans. Tenía bien ganada su fama de ciudad muy turbia, de alianzas equívocas, de misteriosos negocios...

Aparcó, el «Lincoln» a unos doscientos metros, para ir a pie hasta la entrada. Proyectaron una linterna sobre su rostro, y una voz gruñó:

—Buenas noches, señor. Le espera el señor Freemont.

Abrieron, y añadieron:

—Tengo orden de dejarle entrar. Ya conoce el camino.

No era ni Perry ni Eric. Otro guardián, que intentaba exagerar la nota cordial, pero le costaba.

—Tome esta linterna, y cuando regrese, me la devolverá.

—Un servicio excelente, Joe.

—Me llamo Jim, y no hago más que obedecer al señor Freemont, que desea que usted entre y salga completamente tranquilo.

—Así da gusto.

Y resultaba muy distinto dirigirse hacia la casa, con una linterna prestada por el dueño, y poseyendo libertad de acción.

Había luz en la ventana correspondiente al salón particular de Freemont. Y Trevor exploraba las tinieblas, prevenido contra cualquier nueva jugada de la pareja Lafonten-Brodden.

Pero llegó sin novedad al león de piedra, cuya melena palpó primero sin prisas, después apresuradamente, y, por fin, mascullando imprecaciones. Dejó sin musgo toda la melena de piedra. Y no había duda...

Era allí donde debía estar el encendedor que no estaba.

Saltó como un resorte al oír el disparo...

CAPÍTULO XI

Aunque, cercano, el disparo no iba contra él. Corrió a toda velocidad, empujando puertas, subiendo escaleras, y, por fin, entrando en la habitación iluminada, que tenía un arca de caudales en la esquina, vio a Clyde Freemont.

Sentado en un sillón, de frente, con una expresión de sorpresa en el rostro.

Un agujerito azul en medio de la frente, miraba con ojos ciegos, y con los labios torcidos en mueca de horrorizada sorpresa.

Allí olía aún a pólvora recién quemada.

Restallaron otros disparos, abajo, en el parque...

Owen Trevor, enloquecido, se olvidó de Clyde Freemont, ya cadáver. No veía más que una cosa: huir lo antes posible, porque ya no le cabía duda que quién acababa de matar a Freemont, estaba abriéndose paso, eliminando a los dos guardianes nuevos...

Cuando llegó a la terraza, un silencio sepulcral le acogió en las tinieblas, y siguió corriendo, porque no le interesaba la identificación de dos cadáveres más, sino la del asesino.

Cuando llegaba al otro lado de la avenida, acudían varias personas, que hablaban entre sí agriadamente, aproximándose a la verja.

Owen Trevor, sudoroso, llegó al «Lincoln» y lo puso en marcha. Conducía animado por movimientos reflejos. Su cerebro era un hervidero.

¿Maxim Brodden?

Sólo podía ser él. Pero el inspector Hargrove diría también:

«Sólo puede ser él».

Salvo que el inspector Hargrove se refería a Owen Trevor.

Esto no era lo acuciante por resolver, sino determinar quién había matado a Freemont, y dejado fuera de combate a los dos guardianes.

¿Y el encendedor?

Le hervía la cabeza, cuando dejó el «Lincoln», y fué a llamar al 77 bis de la calle Dubarry. Apareció la negra, y poco después Glen Boldini, que miró escrutador, y sólo dijo:

—Buenas noches, señor Trevor. Lester vendrá en seguida. Ha ido a avisarle Sarah.

En el comedor privado, Trevor se dirigió en línea recta al estante, y cuando vaciaba el doble de coñac, entró Lester Sigona, de *smoking*.

—Hola, Owen. ¿Se queda o se va, Glen?

—Se queda. Estoy metido en un lío de espanto, Lester. Han matado casi delante de mis ojos al millonario Clyde Freemont.

Glen Boldini se encogió, como si hubiera recibido un directo al estómago. Lester Sigona se contempló las uñas de la zurda.

—Freemont tenía la ciudad entera a su disposición, me dijo esta mañana. Yo no lo he matado, Lester, te doy mi palabra...

—No lo dudo. ¿Te vió alguien?

—Si la policía estaba al acecho no me creería. Y, además, tengo que encontrar al que mató. Pero puede venir aquí el inspector Hargrove.

—No estás aquí. Owen. Tú, prepara la entrada especial.

Glen Boldini salió del comedor, y añadió Sigona:

—Una vez vinieron unos fichados y casi me sorprenden. Desde entonces, tengo una sala donde nadie ha entrado. Nadie puede encontrar su entrada. Dejaré que el inspector Hargrove registre, y es de desear que en unos días encuentren al asesino de Freemont.

—Escucha, Lester. No quiero ser visto. En la sala, ¿hay mucha gente?

—Medio centenar. Tiene fama mi servicio a la carta, Owen.

—Hay una señorita, y lo es, que me espera. Morena, preciosa, ojos azules, boca carnosa, cuerpo fantástico, y clase; Se llama Beryl Simons. Tiene que estar sola.

—Mesa doce. Preguntó por ti.

—Dile que por razones particulares, no asomo. ¿Te importa que ella conozca tu escondite?

—No.

Desde el umbral comunicó Boldini:

—Todo en orden, Lester.

—Luego te explicaré todo detalladamente, Lester, porque es necesario —anunció Owen.

—Bueno.

En un pasillo, había fajos de periódicos, cajas de botellas, todo lo que Glen Boldini acababa de retirar de un armario empotrado...

Lo que parecía pared de fondo, se recorrió al tocar Boldini cierto punto al lado de una placa de interruptores. Aparecieron unas escaleras, y bajando por ellas, vió Trevor una litera, una mesa, tres sillas, un armario con provisiones y bebidas, y un mueble auxiliar con libros, revistas, y una radio.

Desde arriba, Boldini, que había encendido la luz, dijo:

—Se cierra por dentro, señor Trevor. Aquí. Si quiere algo, toque aquel timbre, allí. Viene la dama...

No estaba Trevor de humor para sentirse retozón, pero las piernas que bajaban eran un portento. Y el resto lo superaba...

Fue a cerrar la puerta, y bajando, dijo malhumorado:

—No ponga esa cara de susto, Beryl. Ha habido complicaciones, y debe estar buscándome toda la policía. Aquí no me encontrarán.

—¿Qué ha pasado, Owen?

—Síntese, y respire a fondo. ¿Preparada? Pues, ahí va... ¡El condenado loco de Brodden ha matado a Clyde Freemont!

El busto revestido de negro punto, onduló aceleradamente, y tras una pausa, ya recuperada, indicó Beryl Simons:

—No debe usted esconderse. Sería peor. Vayamos a la policía, y declare todo. No me importa ya... Pero si no denuncia a Brodden, al pasar las horas, se agravarán las sospechas que usted cree le obligan a esconderse.

—No sé si los guardianes estaban muertos, pero me vieron entrar, y oyeron el disparo que mató a Freemont. Y no me disparó Brodden, porque tenía que escapar. Ahora, bien, esta historieta: ¿la creería Hargrove, si usted misma..., me mira incrédula?

—Horrorizada, que no es igual, Owen. Pero reflexione... Si hubiera sido Brodden, hubiera esperado, y le hubiera matado para recuperar la caja de música.

Miró sorprendido Trevor la cajita que había colocado sobre la mesa, y que señalaba ella.

—¿Lo comprende ahora? —insistió Beryl.

—Brodden ya no quiere la caja, sino un ataúd para mí. Lo ha

preparado así... Escuche, Beryl, yo le había pedido que entretuviera a Brodden, para dejarme llegar con tiempo a casa de Freemont.

—Apenas se fué usted, dijo que quería telefonear a Lafonten, y me fui a vestir. Tuve que coger un taxi, porque Brodden se marchó en su auto.

—¿Quiere ayudarme, Beryl?

—Usted me quería ayudar, Owen.

—Alguien ha matado a Freemont, para que yo sea acusado de esta muerte. Yo, esta noche, sería incapaz de encontrar ni un hipopótamo enjaulado en el Zoo. Mañana la Prensa traerá las noticias. Por el calibre del arma, por lo que declare Hargrove, en fin, por el reportaje, podré sacar conclusiones. Si teme algo, quédese aquí, y...

—Iré a Pecan Road. Y mañana le traeré noticias.

—No haga absolutamente nada. Deje pasar esta noche. Tiene su coche en la calle. Deje pasar esta noche, y mañana veré claro. Ahora estoy aturdido. ¡Ah...! El dichoso encendedor, no estaba donde lo dejé.

—¿Dónde lo dejó?

—Entre el musgo que había en la melena de un león de piedra de la terraza.

—Entonces, no tiene importancia... Lo peligroso era que estuviera dentro del cofre fuerte. Pero al encontrarlo en ese otro sitio, pensarían que yo lo perdí, o que me lo quitaron y lo escondieron allí. Si tanto les interesaba, era por temor a que usted lo quisiera conservar para..., chantaje. ¿De veras no quiere que vayamos a la policía?

—¡Ni hablar! Un momento, un momento.

Y, excitado, se puso en pie Trevor, señalando la caja.

—La tengo, y la quiere Brodden. Pero trataré con Lafonten. Ahora ya no es cuestión de cajitas musicales y encendedores perdidos y delatores, sino que hay un cadáver, y de los que harán repicar todas las campanas de la ciudad. No creo que Lafonten quiera afrontar la acusación de complicidad en un crimen.

—Conserve la serenidad de juicio, Owen. No pueden acusarle a usted de haber matado a Freemont. Usted iba en busca de veinticinco mil dólares. ¿Por qué iba a matar a Freemont?

—Usted lo ve así, pero nadie más... Ni yo, casi.

—A usted le podrán tener en mal concepto, pero no le creerán un asesino. Preséntese a la policía.

—Por ahora, no. Yo quiero retorcerle el cuello a Brodden, y hacerle declarar que mató, para complicarme... Es propio de él, un esquizofrénico. Y si no me largó pólvora, para recuperar su caja, fué porque no quería que los guardianes le cogieran.

—¿Cómo pudo entrar?

—Como entré yo la primera vez.

—Pero...

—¡Mañana, mañana!... Perdón, Beryl. Mañana veré claro, porque ahora no veo nada. Ni a usted, con lo buena y bonita que es.

—¿Quiere que hable con Lafonten?

—Hágame el favor de pasar la noche escondida, hasta que sepamos de qué modo hemos de salir del embrollo. Ha de resolverse, sin que, a ser posible, la acusen de robo.

Ya en lo alto de la escalera, dijo ella:

—Es imposible que Brodden matara a Freemont.

—¿Yo, entonces? —Trató de sonreír Trevor.

Hubo triste reproche en la mirada de ella, y añadió Trevor:

—A esta conclusión ya habrá llegado el inspector Hargrove. Buenas noches, dicen los hombres normales, Beryl.

—Buenas noches, Owen.

Descorrió Trevor la puerta falsa, salió ella, volvió a cerrar el aturrido detective y, a solas, se dedicó a contemplar color del *whisky*. Pero allí no estaba la solución.

A las doce y media, conectó para oír las noticias de última hora: el senador McCarthy, la guerra de Indochina, huelgas en Francia...

Por fin, el locutor, sin la menor alteración en su voz, anunció:

«Las últimas investigaciones sobre la muerte de Clyde Freemont, han culminado en la sensacional y rápida identificación del asesino: El guardián, James Stevenson, fuera de peligro, ha podido prestar declaración. Le dispararon a él y a su compañero Martin, que sigue en grave estado, desde la terraza. Y habían cedido la entrada a la casa, por orden del infortunado propietario, a un detective privado, Owen Trevor».

Owen Trevor se apoyó sobre las palmas sudorosas. Lo esperaba, pero no dejaba de ser angustioso oírse citar por la radio, de aquella manera.

«Sólo Owen Trevor entró en la casa, y ha demostrado su culpabilidad huyendo. El inspector Hargrove ha dicho que no podrá llegar lejos, porque es buscado activamente por todas las carreteras, y se ha transmitido a los Estados colindantes y barcos en navegación recientemente zarpados de nuestra costa, la descripción del fugitivo Owen Trevor.

»Un metro setenta y ocho...»

Cerró nerviosamente Trevor, para al cabo de un instante volver a abrir.

«... Lleva traje negro cruzado, con tenue rayado blanco, corbata color claro. Ésta es la descripción retransmitida a todos los puestos de vigilancia de nuestro Estado. Daremos más noticias en nuestra emisión de madrugada.»

El saxofón de una orquesta empezó a quejarse melódicamente, y Trevor a pasearse con excitación creciente.

¿Quién había matado a Clyde Freemont? ¿Maxim Brodden?

Pero ¿cómo iba a poder demostrarlo? Se apoyó en el timbre, y fué a abrir. Apareció Glen Boldini.

—¿Ha venido Hargrove? El inspector...

—Todavía no.

Había mudo reproche en el semblante siniestro.

—No la diga usted nada a Lester. Voy a irme.

—Lo pescarán, señor Trevor —opinó, más afable, Boldini.

—Puede que sí, pero no quiero que sea aquí dentro.

—Se pondrá furioso conmigo Lester.

—Él dijo: «Glen, lo que manda Owen, es como si lo mandara yo».

—Pues es verdad. Usted manda, señor Trevor.

—Sí..., no vuelvo aquí, dígle a Lester que han sido ustedes un par de buenos amigos.

—Se lo diré sin falta, señor Trevor. Pero me va a abroncar

Lester.

—Yo no aguanto ahí dentro. Me conviene el aire puro, ir meditando. Me buscan por las carreteras, no por la ciudad. Hasta otra, Glen. Gracias por todo.

—Deseo que todo le vaya lo mejor posible, señor Trevor.

Pero cerrada la puerta que daba a un callejón, seguía sonando a fúnebre despedida, la expresada por el siciliano.

CAPÍTULO XII

El inspector Hargrove estaba fatigado, pero no podía conseguir que el sueño le acogiese, a pesar de ser muy confortable el sillón, cuyo respaldo mantenía en ángulo obtuso con su asiento.

Se incorporó muy despierto el espíritu, cuando entró Sidney Lafonten, que, impecablemente afeitado, sedoso en su cruzado traje blanco, estrechó con cierta condescendencia la diestra del ojeroso y sin afeitar inspector.

—Tan pronto me comunicaron que usted había telefoneado para verme, supuse que, confidencialmente, me proporcionaría datos importantes sobre la muerte de Freemont.

—Suposición acertada, Hargrove. No tengo por costumbre trasnochar, si no hay un motivo justificado. Ni usted se dedica a suponer gratuitamente. Le agradeceré, primero, que me oriente sobre las pesquisas verificadas en torno a las andanzas de Owen Trevor.

Hubo recelo en la mirada del inspector, cuando consultó unas notas, que se sabía de memoria.

—Existe la declaración que me ha hecho personalmente, sin testigos, un desgraciado llamado Atbury. Le recomendé que guardase para sí lo que me declaraba, porque estaba en falta, desde el momento en que aceptó un contrato verbal de trabajo, aunque actuó menos de veinticuatro horas. Se marchó convencido de que debe callar, porque es perjudicial sacar conclusiones de una simple reunión.

—Necesité un chofer por un día, porque no deseaba que Trevor hiciera averiguaciones, con intención de futuro chantaje. Naturalmente, al derivar en criminoso, un negocio que no ofrecía particularidades que permitieran imaginar este final, he considerado muy necesario que tratemos con toda sinceridad en sus pormenores, el desarrollo de mis ocasionales relaciones con Trevor.

—Está fuera de dudas la culpabilidad de Trevor, pero como no ignora usted, si es capturado con vida, tratará de inventar alegatos, que pueden ocasionarle molestias.

—Por esto he venido a anticiparme a las invenciones del ingenioso Trevor. El jueves de la semana pasada, un cliente vino a visitarme. Era Maxim Brodden, al que en cierta ocasión le proporcioné una panoplia legítima de un cabecilla seminóla. Deseaba consultarme acerca de la posibilidad de conseguir una antigüedad francesa, por cuya posesión estaba dispuesto a abonar una comisión generosa. Le pedí cinco días para estudiar las posibilidades. Supe que dicha antigüedad, una caja de música, la había ya comprado Clyde Freemont, adelantándose por unos días, en la compra. Entonces, indiqué a una agente mía, la señorita Beryl Simons, por la que experimentaba Freemont cierta inclinación sentimental, que viera el modo de obtener tal objeto, prometiéndole dos mil dólares si lo lograba. Ella fué invitada a un fin de semana, en compañía de la hermana de Freemont. Es intachable la reputación de mis agentes femeninos.

—Consta así, señor Lafonten.

—El lunes por la mañana, la señorita Simons, estaba completamente abrumada. Me confesó que padecía de sonambulismo, y que, posiblemente, influenciada por el deseo de obtener los dos mil dólares, se apoderó indebidamente de la caja de música. Mi parecer era exponerle todo a Freemont, pero ella temía que le causara perjuicios. El propio Brodden consideró molesto exponer la reputación de la señorita Simons, que notaba a faltar su encendedor, que es, además, reloj y linterna. Tenía la convicción de que en estado de sonambulismo, cogió la caja, dejando en su interior su encendedor. Freemont estaba, ausente, y, entonces, pensé que la devolución podía verificarla un hombre hábil. Elegí a Trevor.

El inspector Hargrove tomaba notas taquigráficas.

—Le ofrecí mil quinientos dólares, le expuse toda la verdad, y añadí que sería, inútil que intentase cualquier chantaje. Se oponía Brodden a que me valiera de Trevor, pero no creí, que pese a su fama, Trevor fuera a resultar un verdadero bandido. Recogió la caja, y tenía que traerme el encendedor. Lo que hizo fue reventar el cofre fuerte, para hacer creer en un robo. Y así quiso sacar dinero

de la antigüedad, y de la devolución del encendedor. Perdí los estribos, y admito que estuve a punto de estrangularlo.

—Es humanamente comprensible, porque he experimentado el mismo deseo viéndome ante el cínico rostro de Trevor.

—En mi ausencia de la casa donde contraté a Trevor, éste debió atemorizar a Beryl Simons; el caso es que ella desapareció con él, que maltrató a Brodden. Estando de por medio la reputación comercial de mi casa, preferí no acudir a sus servicios oficiales, hasta ver si podía pagar lo que me exigiese Trevor, que vino esta mañana ofreciéndome la caja de música, garantizándole yo el pago de diez mil dólares, que le haríamos entre Brodden y yo, por la tarde, en mi despacho, a las tres.

—Tengo la declaración de su detective Perkins, señor Lafonten.

—Vino Trevor, acompañado de un desconocido, vapuleado a Perkins, y se llevaron al pobre Brodden. Obligaría, seguramente, Trevor a que le escribiera una nota, mediante la cual entregó el mayordomo Sinclair la caja. No tengo noticias de Brodden, y estoy, francamente preocupado.

—Trevor vio la ocasión de obtener mucho dinero, explotando la antigüedad, por la que pidió veinticinco mil dólares a Freemont, que los sacó del Banco, tras una visita a Trevor, en su despacho. Y en el cadáver se comprobó que uno de los billetes que le quedaban, era de la numeración de los que había sacado aquella misma mañana. Trevor le mató, y deseando escapar, no recogió todo el dinero que llevaba encima Freemont.

—Pero Trevor no tenía por qué matar, Hargrove. No es un asesino.

—Posiblemente hubo discusión, y no era el propósito de Trevor matar, pero es evidente su culpabilidad. Ahora, ya conozco el motivo, gracias a su confidencia, señor Lafonten.

—Me sigue preocupando la desaparición de Brodden.

—Su coche «De Soto» ha sido hallado abandonado en la carretera de Lafourche, con huellas de sangre en el tapiz del asiento posterior. No hay aún noticias suyas. Pero dado el carácter de Maxim Brodden, no es descabellado deducir que pudo pelear con Trevor. Y éste no escapará, se lo garantizo.

—No tengo inconveniente en repetir mi declaración espontánea y personal, que acabo de hacerle, ante quien sea, Hargrove.

—Lo considero innecesario, puesto que supongo que la señorita Simons estará en condiciones de aportar un certificado médico, que demuestre su dolencia.

En pie, dijo Lafonten:

—Si es capturado vivo, me agradecería tener un careo con Trevor, para rebatir sus posibles embustes.

—Será complacido. Por casualidad, ¿tiene idea de dónde se halla la señorita Simons?

—Perkins la está buscando, en evitación de que Trevor se valga del temor de ella, obligándola a facilitarle la fuga. Tan pronto sepa algo, se lo comunicaré, Hargrove.

Acompañó el inspector hasta la salida de comisaría al pulcro señor Lafonten.

Hacia las cuatro de la madrugada, la red al arrastre de una barca pesquera, sacaba a flote entre plateados peces, un cuerpo humano.

Que fué identificado como Maxim Brodden, con huellas de magulladuras en las muñecas y tobillos, producidas por alambre y contusiones en el rostro resultantes de puñetazos.

La causa de la muerte no era la asfixia por Inmersión en el río, sino fractura de la base del cráneo por un instrumento romo con relieves metálicos: una culata de pistola.

La hora de la muerte debió de ser entre cuatro y seis de la tarde anterior.

CAPÍTULO XIII

Respirar aire fresco era una delicia, pensaba Owen Trevor, cuando dejando atrás el callejón posterior de la calle Dubarry, penetraba en la gran arteria de la diversión noctámbula de Nueva Orleans.

De su reciente confusión mental, renacía al excitante espoleo, que le causaba en cualquier situación, hallar conexiones entre cables completamente dispersos.

Por de pronto practicaba el aforismo comprobado: en plena calle iluminada por numerosos letreros, a la hora cero, los que con él se cruzaban, no tenían la más remota sospecha de que era precisamente aquél, el hombre buscado afanosamente por todas las carreteras.

Al término de Lafayette, en su esquina con Ferragut, la calle *Bourbon*, aparecía plena de quietud, salvo en el edificio primero, sede del periódico «Orleans Herald».

En la planta baja, los buzones reemplazaban las taquillas y mostrador de oficinas. Bajo el suelo, trepidaban las máquinas rotativas, y la «última hora» esperaba su turno para entrar en acción, cuando se entregase la última racha de galeradas.

Un letrero en el primer piso, daba las señas de las diversas secciones de confección del periódico sensacionalista de Nueva Orleans.

La segunda puerta del cuarto corredor radial ostentaba:

«NED TARLETON»

Una firma conocida, porque la columna dedicada a las últimas noticias sobre el suceso del día, en cualquier localidad de Luisiana, corría a cargo de Ned Tarleton.

No le conocía personalmente Trevor, y tampoco Ned le conocía a él.

Cuando entró en el despacho, vio a un individuo rechoncho, de ojos saltones tras los gruesos lentes, cabello, ralo, y que, en mangas de camisa, daba grandes toques de lápiz rojo sobre unos recortes de periódicos atrasados.

Alzó Tarleton la vista, inquiriendo:

—¿También sabe usted dónde está Owen Trevor?

—También.

—Han desfilado ya veinte personas, y aunque siempre me pasa lo mismo, a veces conviene escuchar. Si toma asiento, podré bajar la cabeza. Hice mal el día en que dejé correr la voz de que por cualquier noticia aprovechable, pagaba de acuerdo con su valor. No viene gente a cobrar, sino a intentar salir en letras de molde. Por ahora, aparte estas noticias sobre Freemont, que no traen nada «caliente», unas veinte personas han visto a Owen Trevor, en veinte sitios distintos. Pero resulta un descanso, oír ajenas palabras. Cierro los labios, y soy todo oídos. Respeto la identidad de mis amistosos colaboradores, salvo contraindicación.

—Mi identidad no importa, por ahora. Llámeme, Brooklyn.

—Es donde nació Trevor. Pero ya lo sabía eso.

—Si yo le proporciono un reportaje fantástico, minutos antes que a la policía, ¿está dispuesto a correr un riesgo?

La redonda cara del periodista rebosó sarcasmo amable. Se quitó las gafas, y sus miopes ojos parpadearon, mientras pasaba una bolilla de papel de fumar por los gruesos cristales.

—Casi siempre empiezan así, Brooklyn. Diga ahora algo más original.

—Me llamo Owen Trevor.

—Y yo soy el almirante Ferragut. No se crea que me ha sorprendido, Brooklyn, porque una noche se presentó una señora diciéndome que era Josefina Bonaparte. Claro, que usted, ante otro periodista menos veterano, podía valerse del físico. Hasta viste traje negro a rayitas que supongo blancas. Moreno, cara angulosa. Sonrisa cínica, perfecto... Pero sólo una vez le di primera plana a un impostor. De todos modos, sigo escuchándole, Brooklyn.

—Tengo una frase y dos nombres con un corazón, grabadas en el seso, Tarleton. Y que son clave de un crimen, reciente, y de un

posible descubrimiento sensacional.

—Adelante, Brooklyn. ¿Por casualidad fué periodista y lo echaron por exceso de inventiva?

—Soy detective privado.

—Ah, ya... Es verdad, ya lo olvidaba. Adelante.

—¿Conoce usted la historia de un «gangster» llamado Ambrose?

—Estábamos charlando acerca de Trevor.

—Pero tengo la presunción de que está íntimamente relacionado.

—Ambrose quedó muerto cuando salía de la pagaduría de una fábrica, en la que no era empleado, y sólo había ido aquella mañana del sábado, a recoger las pagas ajenas. Mató a dos cajeros y a un policía, antes de que pudieran terminar con él.

—¿En qué fecha?

—Un año y medio, aproximadamente.

—¿Era su nombre propio, verdad?

—Sí, y lo había hecho famoso, porque era más pronunciable que su apellido polaco. Por cierto, que su esposa era aún más fiera, y durante un par de meses, consiguió escapar a la búsqueda. La reconocieron en la frontera con Texas, le dieron caza, y un pinchazo en un neumático, terminó con Maud. Pero todo esto, ¿qué tiene que ver con Owen Trevor?

—Ahora viene la conexión primera, Tarleton. Para un periodista como usted, ¿qué interesa más? ¿Capturar al criminal supuesto, o poder publicar antes que nadie, dos sensacionales revelaciones?

—Pongo mantequilla en mis tostadas, porque vivo de eso. De intentar revelaciones sensacionales, y es labor fatigosa, aunque proporciona momentos simpáticos como éste, en que todavía no sé si usted está bebido, está para que lo amarren, o realmente está en posesión de sensacionales indicios...

Extrañado, miró Tarleton al que, poniéndose en pie, colocaba sobre la mesa, bajo la pantalla, una «Wesson» calibre nueve corto.

—Ésta es la pistola de Owen Trevor.

—Ya...

—Y quisiera que comprobase que no llevo más armas encima.

—Comprobado, comprobado, amigo.

—No me dé la razón para apaciguarme, porque no procedo de un sanatorio, ni aspiro a internarme en dicho local. Necesito llegar

a una localidad, y no tengo coche. Pero aunque lo tuviera, estando al volante, no recorrería más allá de un par de millas, puesto que hay patrullas anhelantes buscándome por todas las carreteras.

—A estas horas duermen —sonrió Tarleton.

Los había que no eran peligrosos: con tal de pasar por unas horas a la popularidad del periódico, eran capaces de afirmar que eran espías rusos.

—Usted tiene un coche, y es conocido. Deme la ocasión de llegar a una localidad de la frontera, y podrá escribir con exclusiva una serie de noticias bomba.

—Tengo que estar aquí, entregando noticias menos restallantes, pero verídicas. Puedo adornar, pero, no inventar. Muy interesante su actuación. Recoja su petardo, y...

Se interrumpió Tarleton para examinar el carnet que presentaba bajo la pantalla, Owen Trevor. Foto, digitales, licencia...

Ned Tarleton saltó como un balón rebotado, sobre la «Wesson», que empuñó con decisión, encañonando al que volvía a cerrar su carnet, colocándolo en el bolsillo interior de su americana.

—Dispararé si se mueve, Trevor. No me obligue a ello, ¿quiere? —conminó, con voz vibrante el periodista.

Encendió Trevor un cigarrillo, mientras Tarleton alargaba la mano hacia el teléfono.

—Voy a telefonar a la policía, Trevor.

—Adelante, le digo yo ahora. Harán la investigación ellos, y se perderá usted el mejor reportaje de sus cortos años.

—¡Llevo más de veinte años en la profesión, y nunca se me presentó...!

No tocó el teléfono, sino que cogió un vaso parafinado, lo colocó bajo la bombona, y apuró el agua helada, sin dejar de encañonar al que, sentándose de nuevo, dijo:

—Nunca se le presentó el supuesto forajido. Claro, que usted le da vueltas al problema. «Si le llevo a la frontera, es para escaparse», está pensando. Tiene mi revólver, y puede agenciarse unas manillas, y hasta si quiere, un rollo de cable. Me tiene capturado y seguro. Lléveme a la localidad que quiero visitar, y si falla el resto de la investigación, con entregarme a la policía, queda a salvo su conciencia ciudadana. Búsqueme un coche donde pueda esconderme, bien atado: no me importa la incomodidad. En la

sección de paquetería habrá bramante, ¿no? Coja el teléfono, y pida material que sirva para atar; si encuentra manillas o cadenas, utilícelas. Usted va a realizar el reportaje del siglo, y yo una investigación personal, que demuestre mi personal inocencia.

—Es preferible entregarle a la policía, y que ellos resuelvan.

—Es el procedimiento más sencillo para un buen hombre dotado de cívicas virtudes.

—¿Por qué me ha venido a proponer este lío, Trevor?

—Porque puede conducir un coche, llevarme escondido, y a media mañana, lanzar una edición extraordinaria que causará alboroto.

—Nada pierdo con pedir material que sirva para atar.

Minutos después, daba Trevor consejos técnicos:

—Los tobillos ahora no, porque no querrá que vaya dando saltitos como un canguro. Basta con enlazar las manillas por debajo de mi americana con los codos. Después, ya en el coche que disponga de caja donde meterme, atará mis tobillos en remate final, y cerrada la caja...

—¿A dónde? —Casi vociferó Tarleton, excitadísimo, y sudando en su labor manual, de verificación de solidez.

—A Lake Charles.

—Dos horas de camino. ¿Y allí qué?

—Despierte al alcalde, al comisario, al chismoso del pueblo, a quien sea, pero consiga detalles cronológicos acerca de la historia de Beryl Simons.

CAPÍTULO XIV

Amanecía cuando la furgoneta «Oakland» se detuvo ante el número 28 de Pecan Road. Una casita campestre, ideal, con jardín de cromo, y fachada para ilustrar revistas dedicadas a pregonar las excelencias de un retiro apacible, no muy lejos de la ciudad.

Abandonó Trevor el volante, y llevando en la diestra un periódico que aun ennegrecía las manos y olía a recién salido de la plegadera, entró en el jardín saltando la valla.

No se dirigió al porche, sino que pasó a la fachada posterior, en cuya puerta de acceso a la cocina, empleó la ganzúa que le había proporcionado Ned Tarleton.

De la cocina pasó al *office*, y, mentalmente, siguió el plano...

En la alcoba en penumbra, se removió entre sábanas Beryl Simons, cuyo pijama de raso amarillo, destacaba...

Llevaba ya unos minutos en la alcoba Trevor, cuando ella se incorporó repentinamente, lanzando una pregunta ingenua, y haciendo un gesto muy práctico. Recoger de la mesita de noche, tras la lamparita pantalla, un revólver. Y preguntó:

—¿Quién anda ahí?

—Otro sonámbulo, Beryl. No te alarmes, ni te pongas nerviosa.

El propio Trevor pulsó el interruptor, y la luz invadió la alcoba. Ella, apaciguándose, dejó de tensar el raso amarillo, y devolvió el revólver a su lugar.

Después, murmuró:

—Tiene usted un modo de dar los buenos días, algo inconveniente, Owen.

—La intención es buena, aunque la entrada sea clandestina. Veo que tienes espíritu de organización. El termo preparado...

Recogió ella el salto de cama, lo revistió, sin abandonar el lecho, y Trevor, desenroscando el vaso tapón del termo, escanció humeante café con leche. Lo bebió.

Ella comentó:

—La galantería brilla por su ausencia, Owen.

—Es que he pasado una noche agitadaísima, Beryl.

—Estaba usted bien escondido allí.

—Pero tuve que buscar otro escondite, porque... ya son dos los muertos que me persiguen. Lo puedes leer aquí.

Tiró Trevor el periódico sobre el embozo, y ella leyó los grandes titulares:

«APARECE EL CADÁVER DE MAXIM BRODDEN»

«EL ASESINATO DE BRODDEN, OBRA DEL MISMO AUTOR

DE LA MUERTE DE CLYDE FREEMONT»

«IDENTIFICADO OWEN TREVOR POR EL MAYORDOMO»

Cogió ella el vaso que tendía Trevor, y murmuró, antes de beber:

—Tú puedes demostrar que no mataste.

—Eso quiero, pero todo me acusa, y no hay más remedio que conformarse. Me vieron en el «De Soto», y Perkins ha declarado que golpeé a Brodden, llevándomelo. En fin, del mismo modo que pasé una noche agitadaísima, y estoy aquí, llegaré al final. No creo que aquí me busquen.

—Para un hombre acosado, no pareces inquieto, sino casi satisfecho.

—La vida es pura acción, Beryl. Me gustan tus claros ojos azules, Beryl...

—Tanta originalidad en un perseguido, es admirable, Owen.

—No te reprocho que me escuches con enorme recelo, pero vale la pena verte.

Sentándose al pie de la cama, añadió Trevor:

—Mientras transcurría la noche, pensé mucho en ti. Te veía al despedirte, prometiendo que me traerías la Prensa. Estabas completamente libre de inquietud, y me oíste citar la muerte de Freemont, con exterior agitación, visualmente deliciosa. Después, cuando dije que el encendedor había desaparecido, te quedaste muy tranquila, hasta dando una versión razonable. Ya no estaba en la caja fuerte, ni lo tenía yo... dijiste. Claro, ¿cómo iba a tenerlo yo, si sabías quién lo tenía?

—¿Quién, Owen? —inquirió ella, dulcemente.

—Son deducciones que no puede atestiguar Clyde Freemont, pero tú sí. Entre nosotros, y antes que me ayudes a abandonar Luisiana...

—Te escucho con gran atención, Owen.

—Para Lafonten y Brodden, el encendedor era sólo una evidencia que podía delatarlos como cómplices tuyos en el robo del cofre fuerte. Para ti, el encendedor era pieza fundamental. Es cierto que padeces de sonambulismo, pero no estabas sonámbula cuando atrapaste la caja de música, y al oír ruido, cerraste, dejando en el interior el encendedor, inadvertidamente, porque volviste a tu alcoba sin necesitar la linternita. Cuando te diste cuenta, ya era tarde. Lo explicaste a Lafonten, para que éste resolviera.

—Decías que yo sabía quién tenía el encendedor.

—Lo supiste apenas oíste: «Todas hieren, la última mata».

—¿Sí?

—Lo había apuntado muy recientemente Freemont en su agenda, que recorriendo como un león exasperado, la terraza, debió encontrar el otro león de piedra, y colocar su mano sobre la melena, sumido en sus reflexiones. De pronto, toca algo duro entre el musgo. Tu encendedor. ¡Caramba, qué bonito! ¡Pero si es el preciado recuerdo que siempre lleva consigo Beryl! Lo mira, lo remira, y seguramente, conocedor en cosas de cierres, halla el resorte, que no da juego a la linterna ni al reloj, ni a la llama, sino que muestra la cara interior, donde lee la frase que con los dos nombres y el corazón, le intrigan. Lo apunta, dejando para más tarde, preguntarte. Está obsesionado con su caja de música. Pero tú, al oír la frase, sabes ya que encontró Freemont dos nombres grabados con un corazón bajo una frase de reloj. La emplearía Ambrose para significar que cada mujer deja una huella, y con la última se muere. Con su Maud. Pero Brodden que está oyéndome, manifiesta que él no es un pistolero... en activo, como Ambrose. Yo me voy, y, entonces, Brodden te mira con principios de sospecha. Sabe que tu encendedor te tiene muy inquieta, demasiado inquieta. ¿Qué te dijo? ¿Qué dedujo? Tampoco podrá decirlo. Volvamos a Freemont.

Sonreía ella, muy brillante el duro azul de los ojos.

—La policía dedujo que yo entré por la puerta, bien visible. Pero tú entraste valiéndote de mi primer escaló, y cuando te vió entrar

Freemont, se puso tierno. «¿Qué diablos de nombres hay en tu encendedor, Beryl?». «Nada importante, Clyde. Lo compré, y debió pertenecer a un tal Ambrose». «Sí, claro...». Pero ya no te bastaba recuperar el encendedor; no te interesaba que fuera pensando Freemont, en aquel extraño corazón entre dos nombres. Yo iba a llegar. Magnífico. Te llevabas los veinticinco mil dólares, además. Yo era el granuja...

—¿También a los guardianes les disparé yo?

—Uno más, uno menos, ¡qué importa!

—¿Por qué, siguiendo tus deducciones, hubiese matado yo a Maxim?

—Porque él también encontraba relación entre el encendedor de Ambrose y tu inquietud por recuperarlo. Porque te vió sobresaltada, al mencionar yo lo que apuntó Freemont. En fin, tú sabes bien por qué ibas a matar a Brodden, y entre nosotros dos, nos consta que cuando me separé del «De Soto», Brodden estaba contuso y maltrecho, pero muy vivo.

—Me acusas tranquilamente de dos asesinatos.

—Me contentaré con llevarme los veinticinco mil dólares.

—Eres genialmente absurdo, Owen. ¿Por qué iba yo a matar a nadie?

—Estoy convencido que ya habrás destruido el encendedor, porque no quieres que nunca más, en vez de ser un recuerdo, sea una amenaza.

Hacía ya largo tiempo que la diestra femenina reposaba tras la lámpara, sobre la mesita de noche.

—Vete, antes que me arrepienta de haber callado...

—Tu arrepentimiento habría tenido lugar esta mañana, al leer que Brodden era la segunda víctima de Trevor. Irías corriendo a Lafonten, y a la policía. «Ya no puedo más. Sé dónde está escondido Owen Trevor, que creíamos sólo un granuja, pero es un asesino». Lafonten tiene influencias, y total era un pecadillo, tu sonambulismo. Todo en orden. Yo, cogido en la ratonera, provocando risas con mis historietas. Yo, que había sido vista por los guardianes yendo al salón donde restalló el tiro; yo, que había sido visto golpeando a Brodden, llevándomelo, raptándolo, abandonándolo...

—Realmente, no tienes defensa, Owen.

—¿Verdad que no, ojos azules?

—El color de mis ojos parece llamarte mucho la atención.

Owen Trevor rió entre dientes, muy eufórico:

—Naturalmente. Por ahora, es lo único que no cambia. Yo nací con los ojos de un turbio oliváceo, y así he de morir. ¿Naciste en Lake Charles, no, Beryl?

—Sí —contestó ella, algo más rígida.

—Una granja pobre, hijos muertos en la guerra, padre muerto por abuso de alcohol, una hija en Europa, la otra en California, la tercera en Nueva York... Todo encajaba bien. Menos el color de unos ojos, porque los tuyos son azules, y Beryl Simons los tenía negros.

—¿Sí?

—Nunca se me hubiera ocurrido ir a Lake Charles. Pero me dió por pensar que allí, en el escondite del

«Wing-Wing»,

tus primeras reacciones parecían las de una mujercita normal. Después..., las de una mujer acostumbrada a pegar tiros, oírlos, matar... Pura psicología, unida a los dos nombres. «Ambrose, Maud»... ¿Estaba en venta el encendedor de la mujer achicharrada en el coche perseguido por la policía? No. Ni se le encontró más que unas joyas poco valiosas, pertenecientes a Maud Curzinsky, la viuda de Ambrose. Lo demás es sencillo de comprender. Maud va en su coche, yendo de Estado en Estado, escapando. Encuentra a una de tantas desengañadas de California, que practica el «autostop». Y Beryl Simons lastimera, se explaya. Vuelve a Luisiana, porque en California sobran chicas. Era dura la vida en la granja de Lake Charles. Físicamente, Maud se encuentra parecida con Beryl. El resto es sencillo. El coche se vuelca, se incendia, y comprueba Maud que Beryl Simons en sus cenizas, le quita un gran peso de encima. Ya no perseguirán a Maud, que llega a Nueva Orleans con toda la documentación de Beryl Simons, y sabida su historia. Hasta se somete al chantaje de Lafonten, cuando Perkins, informándose, descubre que la verdadera Beryl testimonió en falso a favor de su padre. Y por eso, Maud, concedías tanta importancia a tu encendedor.

—Pero has entrado en la alcoba de Beryl Simons, Owen.

Rió, enormemente complacido, Trevor...

El gatillo del «Savage» repicaba en vacío, y convulsa el rostro, Maud Curzinsky lo cogió por el cañón, pero sus muñecas estaban ya inmovilizadas por el que la mantenía contra las almohadas con todo su peso.

—Vaciar tu herramienta, era elemental, Maud. ¿No sabes que la numeración de los dólares que retiró Freemont, consta? Si los encuentran en tu poder, te causarán estorbo...

—¡Suéltame, suéltame!...

Entró el comisario Chabert, acompañado de Ned Tarleton, y dos policías, que se dedicaron a registrar. Cuando estaba esposada, miró ella el encendedor, su único afecto, muerto Ambrose Curzinsky...

Después, todo el odio inhumano, desfiguró su semblante, al escupir poco elegantemente hacia Owen Trevor, que retrocedió, diciendo:

—Es un honor, Maud, que te cause repugnancia. Y cuando encuentren la coincidencia entre Beryl Simons haciendo «autostop» y tu coche, serán muchos los que escupirán pensando en ti. Hasta el propio Lafonten, que creyendo acariciar a una Venus, no olvidará ya el soplo de la hiena.

Obtuvo Tarleton el sensacional reportaje.

Y el inspector Hargrove escuchaba, algo molesto, lo que iba diciendo el comisario Chabert, en presencia de Sidney Lafonten:

—En mi primera visita a Trevor, le advertí que era una lástima que dedicase su inteligencia a burlar a la policía, por causa de un sargento detective, que mortificó a una novia neoyorquina. Él sonrió, pero me telefoneó para decirme que deseaba redimirse. Me lo demostraba, puesto que tenía entre manos una investigación, donde se mezclaban hombres ricos como usted, Lafonten y como Freemont y Brodden. Me dijo que seguiría la investigación, para demostrar chanchullos, y resistiendo a la tentación de ganar dinero mal conseguido, trabajaría honradamente. Hizo telefonar a Lester Sigona, porque me interesaba a mí, observarle en su investigación, Hargrove. Hace tiempo que sospechaba que usted recibía una paga extraordinaria de Lafonten. Oh, bien, cosas sin importancia, de acuerdo, pero reñidas con nuestra misión. No dudaba Trevor que usted lanzaría la jauría contra él. Felizmente, se ha comprobado que Lafonten, no sabía que era Maud, su Beryl, ni ha participado en las muertes de Brodden y Freemont. Pero creyendo valerse de un

secreto de Beryl Simons, envió a robar a Maud. Y el cuento de la sonámbula, se basaba en el pasado de Beryl Simons... Pero su prestigio comercial, queda ya hundido, Lafonten. Y usted, Hargrove, irá a otro Estado, donde tal vez le den ocasión de empezar de nuevo desde el principio del escalafón. Ahora, son lo suficientemente inteligentes, para contestar de acuerdo con el interrogatorio que hemos preparado Trevor y yo. Puede empezar, Bennet.

Más tarde, en el coche del comisario Chabert, aspiró ampliamente Owen Trevor.

—¿A qué no sabe por qué llegué a la última hora, la de pensar en redimirme, comisario?

—Porque llevaba acumuladas muchas horas de las que hieren. «Granuja» por aquí, «sinvergüenza» por allá...

—Puede que algo influyera, pero fué sobre todo, aparte verme sin un centavo, una frase que dijo usted.

—¿Cuál?

—Me dijo que los necios le tomaban por un provinciano paternal. Y usted me habló como un tigre famélico, cuando yo sonreí estúpidamente, pero con frases paternas, cuando me ponía serio. Y quise ganarme su amistad, comisario. Lo he logrado y me costó una lucha interior. Podía ganar muchos dólares, pero... ya no quería sino ganar pocos, limpios, y que me llamaran «granuja», pero gente como Lafonten y Maud. No policías paternas como usted.

—Tendrá labor constante en esta ciudad de nuestros pecados, Owen.

—Mucho. Y voy ahora por la primera.

—¿Cuál?

—Lo prometido es deuda, ¿no? Le prometí a usted tenerle al corriente de mis andanzas en el caso Lafonten, y cumplí, desde un principio, cuando en el coche, puesta la bomba, le quité el sentido a Brodden. Ahora voy a cumplir otra promesa. A una rubia sin empleo, por cierre de las oficinas Lafonten durante una temporada.

Linda Dupré abrió la puerta, y miró, recelosa, al que presentaba una caja plana y larga, envuelta en celofana rosa y con lazo del mismo color.

—Lo prometido es deuda, princesa. Un arco iris de medias «Dupont».

—Yo tuve que ser fiel a mi patrón, señor Trevor.

Y abriendo la caja, ella miró, decepcionada, el vacío interior.

—Granuja... —murmuró, amablemente.

—Sí que era un granuja tu patrón antiguo. Pero el nuevo, no lo es. Y no compra medias a su secretaria.

—No pienso ser su secretaria, señor Trevor.

—Provisionalmente, en espera de otro empleo, admítame a prueba, princesa. Todas me hirieron, pero la última... va a ser mi esposa secretaria.

—Tendré que rogarle que me considere sólo a prueba... Me refiero al cargo de secretaria, señor Trevor.

La prueba fué definitivamente satisfactoria.

FIN

¡LA VERIDICA Y ESCALOFRIANTE AVENTURA DEL PRIMER COMANDO AMERICANO DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL!



Cuando la sombra de la guerra era sólo una siniestra amenaza para los Estados Unidos, y en el aire se mascaba ya el olor de la tragedia, un grupo de agentes secretos recibieron la orden de internarse en el Japón en...

MISIÓN SECRETA

Era algo más peligroso aún que un comando: era la lucha ciega y despiadada que tenía como único objetivo el aniquilamiento de los que, ocultos en la sombra, colaboraban con los servicios japoneses de espionaje destacados en San Francisco, "la ciudad más perversa del mundo"...

MISIÓN SECRETA

Es una novela excepcional, desbordante de intriga y dinamismo, en la que la lucha entre los distintos servicios secretos adquiere caracteres de dantesco y sanguinario pugilato.

El autor favorito de todos los públicos

ALAR BENET

ha titulado MISIÓN SECRETA a este magnífico relato, uno de los mejores surgidos de su pluma insuperable.

Colección SERVICIO SECRETO

¡se la ofrecerá a usted en su próximo número!

CARTELERA de NOVEDADES



COLECCION PIMPINELA

- Núm. 405 - Trini de Figueroa
 ✱ NO PUEDO PERDONARTE
 Núm. 406 - M.^a Nieves Grajales
 ○ LA INHUMANA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ROSAURO

- Núm. 245 - Alicia Larrendi
 ✱ ENVUELTA EN DESDENES
 Núm. 246 - Adela Gala
 ○ PASION REBELDE
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION ALONDRA

- Núm. 84 - Coriola
 ✱ SIGUIENDO UNA ESTRELLA
 Núm. 85 - Agetho Mor
 ○ NO ERES COMO LAS OTRAS
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BISONTE

- Núm. 346 - Chas Logan
 ✱ CURRO GAVILAN
 Núm. 347 - A. Rolcest
 ○ EVADIDO DE LA HORCA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION SERVICIO SECRETO

- Núm. 210 - Vic Peterson
 ✱ EL HERALDO DE LA MUERTE
 Núm. 211 - Alar Benet
 ○ MISION SECRETA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

✱ Volumen recientemente aparecido



COLECCION MADREPERLA

- Núm. 301 - Mary Vidal
 ✱ TINIEBLAS
 Núm. 302 - Corín Tellada
 ○ EL PASADO NO ES NUESTRO
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION AMAPOLA

- Núm. 131 - Mary Franco
 ✱ CELOS Y PERDON
 Núm. 132 - Carmen Martel
 ○ DESILUSION
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION LAUREL

- Núm. 20
 ✱ FRANCISCO VILLAESPESA
 Núm. 21
 ○ LAS Cien MEJORES POESIAS DE LA LENGUA ESPAÑOLA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION BUFALO

- Núm. 43 - Keith Luger
 ✱ EL VENGADOR
 Núm. 44 - Silver Kane
 ○ "MALA ESTRELLA" JIM
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.



COLECCION CAMELIA

- Núm. 25 - Nylhama
 ✱ TRES FLECHAZOS
 Núm. 26 - María Lar
 ○ LA DICHA IMAGINADA
 APARICION SEMANAL, PRECIO: 5 PTAS.

○ Volumen de próxima aparición

EDITORIAL  BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA: 5 PTAS.

PRINTED IN SPAIN

PRECIO EN LA REP. ARGENTINA: \$ 3.50

NOTAS

[1] *Though*: Hombre malo endurecido. < <